

TERCER CAPÍTULO

De cómo hacer con el cuerpo ajeno

Omitir *siempre* una palabra, recurrir a metáforas ineptas y a perífrasis evidentes, es quizá el modo más enfático de indicarla.

J. L. Borges.

3.1.- Métodos de distanciamiento entre los cuerpos

Como hasta ahora hemos visto, las rupturas no son tan radicales. Más aún, incluso los cambios que hemos venido observando en el *Manual de urbanidad* de Carreño terminan perdiendo peso frente a algunos contenidos fundamentales que permanecen inmutables, tales como la necesidad de adecuar las relaciones entre los géneros, de impedir los acercamientos de alto riesgo y de canalizar la emotividad corporal de los ciudadanos por la senda de la moral y las buenas costumbres. Ahora bien, la evidente novedad del discurso, las verdaderas mudanzas, se producen en el plano de la forma: contra los vulgares señalamientos de antaño, Carreño opta por el silenciamiento de los peligros inherentes a la sociabilidad entre los géneros. Omite cualquier alusión directa contra las prácticas indecorosas de siempre y, en su lugar, ofrece prescripciones puntuales para establecer distancias. El texto de Carreño es muestra fiel de una transformación que sin ser radical es representativa de un cambio en la sensibilidad de la época. Esta nueva sensibilidad establece un pacto inédito con el pudor desconocido en ma-

nuales anteriores: huye de la expresión a secas, prefiere los meandros discursivos y reclama una lectura entre líneas pues no es descarnadamente como prefiere mostrarse, sino por la vía de las omisiones. La presencia del silencio, esto es, de aquello que por pudor no se dice, es tan frecuente que llega a convertirse en figura de peso del discurso, en el modo más enfático de indicar que el objetivo no es otro que meter a la sexualidad por el carril de la productividad y de espaldas al despilfarro de las energías sensibles de los ciudadanos. Para llevar a cabo este cometido, Carreño diseña una serie de métodos que pasan por la regulación de la mirada, de los límites y distancias entre los cuerpos, de la negación del contacto y de la regulación del ocio, como a continuación veremos.

Con el objetivo de mantener la neutralidad de los intercambios entre los géneros, Carreño no sólo sugiere la preservación de los límites del cuerpo, sino que recomienda no invadir los límites corporales de nuestros interlocutores. Tras la búsqueda de anular la potencialidad erótica enmascarada en los acercamientos y gestos de excesiva confianza, el texto sugiere el empleo de las frías normas de etiqueta, infalibles cuando de establecer distancias se trata. La etiqueta asegura la circunspección y erradica la confianza no deseada. Su eficacia es indudable cuando se pretenden frenar los acercamientos peligrosos entre las personas:

Si bien la mal entendida confianza destruye, como ya hemos dicho, la estimación y el respeto que deben presidir á todas nuestras relaciones sociales, la falta de una discreta naturalidad puede convertir las ceremonias de etiqueta, eminentemente conservadoras de estas relaciones, en una ridícula afectación que á su vez destruya la misma armonía que están llamadas á conservar. (MU, 33)

Nada hai mas repugnante que la exageracion de las normas de etiqueta, cuando debemos entregarnos á la mas cordial efusion de nuestros sentimientos; y como por otra parte esta exageracion viene á ser, segun ya lo verémos , una regla de conducta para los casos en que nos importa cortar una relacion, claro es que no podemos acostumbrarnos á ella, sin alejar tambien de nosotros á las personas que tienen derecho á nuestra amistad. (MU, 33) (El subrayado me pertenece)

En relación con la excesiva confianza y los abusos a los que ella conduce, Carreño inscribirá ambas conductas como propias de gente vulgar, de las que podemos distanciarnos con el auxilio de la etiqueta. Los juicios serán categóricos y ellos demuestran que, las normas de urbanidad no sólo son métodos para civilizar las costumbres de los ciudadanos, sino recursos infalibles de distanciamiento entre los cuerpos:

Grande debe ser nuestro cuidado en limitarnos á usar, en cada uno de los grados de la amistad, la suma de confianza que racionalmente admite. Con excepcion del círculo de la familia en que nacimos y nos hemos formado, todas nuestras relaciones deben comenzar bajo la atmósfera de la mas severa etiqueta; y para que esta pueda llegar á convertirse en familiaridad, se necesita el transcurso del tiempo, y la conformidad de caracteres, cualidades e inclinaciones. Todo exceso de confianza es abusivo y propio de almas vulgares, y nada contribuye mas eficazmente á relajar y aun á romper los lazos de la amistad, por mas que esta haya nacido y pudiera consolidarse bajo los auspicios de una fuerte y recíproca simpatía. (MU, 34) (El subrayado me pertenece)

Ninguna consideracion puede obligarnos á cultivar relaciones que evidentemente hayan llegado á sernos perjudiciales; pero nada nos autoriza tampoco para cortarlas bruscamente, en tanto que nos sea posible contemplar el amor propio de las personas de quienes hemos recibido muestras de admiracion y afecto. Cuando nos veamos, pues, en tan penosa necesidad, apelemos á las frias fórmulas de la etiqueta, de que usaremos sin dejar nunca de ser afables; y omitiendo todo acto de familiaridad en el trato con la persona á quien nos importa alejar de nosotros, conseguiremos indudablemente nuestro objeto, sin causarle el sonrojo de manifestárselo por medio de un acto explícito. (MU, 279) (El subrayado me pertenece)

La medida de acercamiento entre las personas estará determinada por el aliento. Esta prescripción se incluye en el apartado "Del aseo para con los demas"; por lo tanto y, muy acorde con su estilo, Carreño nos presenta la normativa desde una perspectiva higiénica, aunque una lectura entre líneas descubra la necesidad de alargar, en la medida de lo posible, las distancias entre los cuerpos:

Jamas nos acerquemos tanto á la persona con quien hablamos, que llegue á percibir nuestro aliento; y seamos en esto mui cautos, pues muchas veces nos creemos á suficiente distancia del que nos oye, cuando realmente no lo estamos. (MU, 54)

3.2.- Sociabilidad

Al mismo tiempo que los límites de la corporeidad están circunscriptos al eje longitudinal del cuerpo, se desarrolla una pauta de conducta social que marca límites precisos entre el cuerpo individual y el cuerpo del otro. Los mecanismos de control no sólo se ocupan de disciplinar los componentes de la comunicación oral y del lenguaje del cuerpo, sino que emprenden con especial interés el ordenamiento de la mirada, a la que Carreño dedica especial atención por sus particulares interferencias como reguladora de la comunicación. Ya hemos apuntado el papel especial que cobra la mirada en la geografía del rostro moderno. La mirada despoja a la boca de su antigua hegemonía e instaure distancias entre los actores sociales. En su oportunidad, mostrábamos cómo la asunción del individualismo moderno genera una borradura ritualizada del cuerpo, una escisión entre el individuo y el cuerpo que le da consistencia y que a partir de ahora se mostrará bajo el modelo de la posesión: tener un cuerpo en lugar de ser un cuerpo.¹⁹⁷ En el marco de estas transformaciones el rostro condensa los valores corporales del individuo quien, en lo sucesivo, no se expone sino que se esconde tras la reserva de su mirada. La modernidad le exige al cuerpo el anonimato: de sus orificios, un cuerpo que no suda, ni excreta, que cierra sus válvulas de desagüe; de sus potencialidades eróticas, un cuerpo distante, que no toca, que sabe hablar y controlar sus movimientos y gestos y que, sobre todo, conoce los alcances de una observación visual ilimitada de su parte, que sabe que mirar supone interferir en la intimidad del otro.

En el marco de esta borradura ritualizada del cuerpo la mirada gozará de muchos de sus atributos: mirar es acceder metafóricamente al otro, con la mirada se establecen acuerdos y rupturas y, desde luego, se transmiten deseos.¹⁹⁸ Pero la

¹⁹⁷ Le Breton, David, 1998.

¹⁹⁸ Sirvan de ejemplo las afirmaciones del narrador en un cuento de Daniel Mendoza. La escena describe un baile visto a través de la ventana por una mujer cuya hija aprovecha su distracción para acariciar furtivamente a su amado: "Una madre embelesada descuida a la hija, cuya diestra mano aprieta dulcemente la del afortunado amante. El diálogo era asaz misterioso y aquello tenía todas las apariencias de una cita. ¿Qué remedio? Ardientes corazones que no se hablan jamás, si bien es fama que se entienden

mirada también perturba e incomoda, por eso Carreño la restringe y le impone la condición de no detenerse en nada, de que nadie sienta su presencia. Al que mira se le exige, socialmente, indiferencia y disimulo: ver sin mirar. Desde el momento en que sentimos que alguien posa su mirada sobre nosotros se produce un cuestionamiento sobre las causas del abordaje, así como un aumento de la tensión emocional. Excepto en la conquista amorosa o en el desafío y la intimidación, se impone la regla de mirar sin abrumar al otro. Actuar de otro modo es desatender una norma e inscribirse en el ámbito de la curiosidad. En occidente se reprueba socialmente a quien mira con insistencia porque mirar es tocar simbólicamente al otro y, en consecuencia, supone el establecimiento de un contacto. Y, justamente, porque la mirada supone el esbozo de un posible encuentro, las convenciones sociales y, particularmente, los manuales de urbanidad, limitan cuidadosamente los peligros de semejante abordaje.

Mira que están mirando/ que nos miramos/ que nos miramos/ disimulemos/ disimulemos/ y cuando no nos miren/ nos miraremos/ nos miraremos.

Copla tradicional española.

3.2.1.- Controlar la mirada

Tomemos como punto de partida la siguiente prescripción de Carreño en relación con la mirada:

No fijemos detenidamente la vista en las personas que encontremos, ni en las que se hallen en sus ventanas, ni volvamos la cara para mirar á las que ya hayan pasado: costumbres todas impropias de gente bien educada, y que si pudieran ser perdonables en un hombre, jamas lo serian en una mujer. (MU, 105)

La propuesta parece simple si sólo nos detenemos en la necesidad de no invadir al otro y de no mostrar una evidente curiosidad de nuestra parte. Una mi-

siempre, fuerza es que tiendan a romper los lazos que los encadenan asiéndose de la primera oportunidad, ya que no pueden reprimirse esos movimientos simpáticos que forman el encanto de la vida." Cf. Mendoza, Daniel, (1846): 123. Por su parte, Carreño también ofrece una regla que muestra el potencial de una mirada: "Toca siempre á las señoras autorizar con una mirada el saludo de los caballeros de su amistad, y á los superiores el de los inferiores." (MU, 107)

rada insistente supone un acto de pésima educación, pero también genera malos entendidos y, en este sentido, la acotación de que la falta sería más grave de ser cometida por una mujer, nos conduce al terreno de las relaciones entre los sexos y a la necesidad de restringirlas para adecentarlas.

Un escritor contemporáneo de Carreño también expresa malestares similares, se trata de Fermín Toro (1807-1865) quien los denuncia en un breve relato publicado bajo el título de "Costumbres de Barullopólis" (1854). El tono satírico de la narración le sirve para censurar la disipación y vanidad de sus contemporáneos asunto que, a juzgar por las prevenciones de Carreño en el mismo sentido, parece indicar la existencia de un problema, si se considera el interés de uno y otro por denunciar (Toro) y corregir (Carreño) las potenciales trasgresiones del recato y la virtud femenina. En el citado cuadro de costumbres, Toro elige la perspectiva de una narradora cuya mirada constituye el punto focal de la denuncia. He aquí lo que ven sus ojos:

Si no díganmelo a mí que estoy viendo a la vecina. La muchacha es una plata y tiene unos ojos capaces de comerse a todos los mozos que pasan, y como está siempre en la ventana al fin flecha a uno. El galán consigue la entrada, lo que es aquí muy fácil; la niña no le ve con ojos decidores; es coquetilla pero honesta, farfulla en el piano una sonata: canta unas coplillas; en que en boca de otra pone una tierna declaración que va derecho al blanco. ¡Pobre mozo!¹⁹⁹

Este personaje articula la conciencia moral del relato y, pese a las ironías que provoca en su interlocutor, Toro lo utiliza como puente para exponer las reflexiones finales del cuento. En este sentido, la ironía mantiene el tono satírico de la narración, al tiempo que refuerza la denuncia de los hábitos sociales a eliminar.²⁰⁰

199 Toro, Fermin, (1854): 138-139.

200 Desde la perspectiva de Fermín Toro, estos hábitos son concomitantes al progreso de la nación: la civilización amplía el espectro de las necesidades de los individuos y el aumento de sus aspiraciones es su corolario más inmediato: "Si, tu con razón, buena anciana, tu has visto tres generaciones y has podido seguir con ojo examinador nuestros progresos y regresos. ¿En que consistía la abundancia de nuestros padres? En su moderación, economía y sobriedad. ¿Vióse nunca entonces al menestral correr puntas en lujo con el gran propietario, ni al retalero con el capitalista, ni a la hija de familia llevar prendas y joyales como la mujer de un poderoso? No: pero ahora si se ve todo esto: ahora que la esclavitud va desapareciendo, que las propiedades están más divididas, que las producciones del país tienen más precio, las necesidades se multiplican, el lujo crece, los medios de satisfacerle menguan, y todos claman ¡maldita pobreza! Entre tanto, bellas barullopólitanas, no acuséis a vuestros ojos, harlo dicen, ni a nuestros corazones, harlo sienten: acusad a Mr. Wallis [el vendedor de muebles lujosos que espanta a los novios, según las afirmaciones de la narradora], que a fuerza de hacer hermosas camisas os deja en vuestros lechos fríos..." Cf. Toro, Fermin, (1854): 140. Recordemos que el proyecto educativo de Sarmiento en "Educación Popular" ya había apuntado estas consecuencias del proceso de civilización, aunque valorándolas positivamente. Desde su perspectiva, el aumento de las necesidades de los individuos que la civilización promueve y la noción de progreso que le es inherente produce un incremento en la calidad de vida de los ciudadanos, así como un aumento de sus aspiraciones vitales más inmediatas: las que atienden al vestido y aseo de sus cuerpos.

El método de conducta de Carreño apunta a la corrección de la práctica femenina que denuncia Fermín Toro; para ambos, es evidente que una mirada sostenida promueve los intercambios, por eso Carreño impone su regulación. Mirar es abordar al otro, de allí que las convenciones sociales limiten cuidadosamente los peligros de semejante acceso. Por lo mismo, la Iglesia siempre fue categórica en relación con los alcances de una mirada. De allí, las siguientes observaciones de San Agustín:

Si votre regard tombe sur quelqu'un, il ne faut pas le maintenir, et cependant lorsque vous faites des rencontres, vous ne pouvez pas éviter de regarder vos interlocuteurs ainsi qu'eux feraient de même. Les mauvais désirs ne naissent pas seulement en touchant mais aussi par les regards et les élans du cœur. Ne croyez pas que vos cœurs soient chastes lorsque vos yeux ne le sont pas. Liçœil qui n'a pas de pudeur montre un cœur qui n'en a pas non plus. Et lorsque, malgré le silence, des cœurs impudiques se parlent et jouissent d'une ardeur mutuelle, et même si le corps se maintient pur, alors, l'âme a déjà perdu sa chasteté.²⁰¹

Al respecto, resultan esclarecedoras las observaciones de David Le Breton, quien advierte sobre las respuestas e intercambios que generan algunas miradas. Las mismas miradas que, sin duda, también perturbaron a Carreño: aquellas que se producen entre los géneros.

La conquête amoureuse a un rituel différent, car elle autorise le regard insistent de l'homme sur la femme, qui d'abord fait semblant de l'ignorer (lorsque l'homme est soumis au même regard de séduction de la part de la femme il montre d'habitude une sorte de dérangement). Ici, le fait de regarder autrui fixement a surtout une valeur d'épreuve puisque le regard en mesure la disponibilité et fait une évaluation des possibilités de rapprochement. Si les yeux ne se dérobent pas à l'invitation, l'autre peut répondre avec un sourire de connivence. A partir de là, la rencontre est née. En revanche, l'absence de réponse à l'invitation d'un regard suppose une réserve de la part d'un individu qui ne s'expose pas à la communication.

201 Cf.: "Règle de Saint Augustin" in *Regles des moines*. Paris, Seuil, 1982:43. ("Si vuestra mirada recae sobre alguien, no hay que mantenerla, y sin embargo, cuando se produce un encuentro, no podemos evitar mirar a nuestros interlocutores, de la misma manera que ellos tampoco podrían evitarlo. Los malos deseos no surgen solamente cuando tocamos, también son producto de las miradas y de los impulsos del corazón. No se crea que el corazón es casto cuando los ojos no lo son. El ojo que no tiene pudor muestra un corazón semejante. Y cuando, a pesar del silencio, los corazones impudicos se hablan y gozan de un ardor mutuo e, incluso, cuando el cuerpo se mantiene puro, es un hecho que el alma ha perdido ya su castidad." La traducción me pertenece)

Tout échange de regards implique un rapprochement, une intimité.

202

Es contra esta autorización de la mirada masculina insistente y, de la femenina indecorosa, que se elabora la normativa de Carreño con relación a la comunicación visual. También para Carreño mirar es abordar al otro, la mirada correspondida establece un acercamiento y como tal debe regularse. Carreño reprueba a quien mira con insistencia y sin vergüenza, pero también a quienes no miran a los ojos de sus interlocutores. Del mismo modo en que una mirada sostenida jamás es neutra, tampoco será imparcial la mirada huidiza de algunas personas. Quien desvía sin cesar la mirada, quien se niega a tomar en consideración los ojos del otro ocultando a su vez los suyos para la indispensable evaluación moral de las palabras dichas, genera un malestar y se expone a una etiqueta: la de persona de mala índole. Finalmente, sin la mirada se pierde la ventaja de conocer las impresiones que generan nuestros razonamientos, pues en asociación con el gesto y demás impresiones del semblante, la mirada establece acuerdos y diatribas, afirma, duda, pide la palabra o indica que todavía no se han terminado de exponer las ideas.

Dirijamos siempre la vista á la persona con quien hablamos. Los que tienen la costumbre de no ver la cara á sus oyentes son por lo general personas de mala índole ó de poco roce con la gente; y es además de notarse que así pierden la ventaja de conocer en los semblantes las impresiones que producen sus razonamientos. (MU, 142)

La minuciosa normativa que Carreño diseña para controlar la mirada funciona según la norma de mirar a nuestros interlocutores y, en cambio, evitar de hacer lo mismo con quienes no lo sean. En este sentido, la prescripción de mirar a las personas con quien hablamos es directamente proporcional a la interdicción de mirar a un transeúnte en particular o a alguien que forme parte de la multitud;

202 Le Breton, David, 1998:217. ("La conquista amorosa tiene un ritual diferente, pues ella autoriza la mirada insistente del hombre sobre la mujer quien, al principio, hace como si lo ignorara (cuando el hombre es sometido a la misma mirada de seducción por parte de la mujer muestra, normalmente, una suerte de incomodidad). Aquí, el hecho de mirar al otro fijamente tiene sobre todo un valor de prueba, ya que la mirada mide la disponibilidad y hace una evaluación de las posibilidades de acercamiento. Si los ojos no se oponen a la invitación, el otro puede responder con una sonrisa de connivencia. A partir de allí, el encuentro es posible. Al contrario, la ausencia de respuestas a la invitación de una mirada supone una reserva de parte de un individuo que no se expone a la comunicación. Todo trueque de miradas implica un acercamiento, una intimidad." La traducción me pertenece)

aquí un acto de curiosidad que genera el malestar de la víctima, allí un gesto de cortesía que muestra que disfrutamos del intercambio. Según esta lógica, jamás serán permitidas las miradas indiscretas al espacio privado, mucho más cuando el acto es cometido por una mujer.

No nos acerquemos nunca á las ventanas de una casa con el objeto de dirigir nuestras miradas hacia adentro. Este es un acto incivil y grosero, y al mismo tiempo un ataque á la libertad inviolable de que cada cual debe gozar en el hogar doméstico. (MU, 105) (El subrayado me pertenece)

Una persona de educacion, especialmente si es una señora, no se detiene delante de las ventanas de una casa donde se celebra un festin. (MU, 105)

Ambas prescripciones ponen al descubierto el interés de Carreño por preservar la inviolabilidad del espacio privado. Al mismo tiempo, de su existencia se deduce la presencia de una costumbre que, considerando el testimonio de algunos viajeros y el citado cuento de Daniel Mendoza, era práctica corriente en la Caracas de la época. El decreto de Carreño apunta contra los "convidados de afuera" mencionados por Mendoza, contra ese "pueblo bajo de Caracas" que tanta simpatía despertó en el Consejero Lisboa como en el inglés Edward B. Eastwick, si hemos de considerar el apelativo de *sans cullotes* que eligió para denominarlos.

Estos "convidados de afuera" también cobran forma literaria en la novela *Cecilia Valdés* (1882) de Cirilo Villaverde (1812-1894). En medio de la algarabía, aparentemente jubilosa, que se aglutina dentro y fuera de las casas de baile estos personajes materializan gran parte de los malestares sociales de su época, una suerte de fractura los aísla de quienes pueden ver la fiesta desde adentro. La perspectiva del narrador parte siempre de una mirada panóptica que controla e increpa las acciones de los observados, que mide las diferencias, que escruta los modos y maneras del otro y mediante acuerdos y rechazos establece clasificaciones.²⁰³ La fiesta es ver y dejarse ver, en consecuencia, la mirada no sólo proviene

203 Con el término "mirada panóptica" aludo al dispositivo analizado por Michel Foucault en Vigilar y Cartigar (1976) quien lo considera inseparable del control y vigilancia desplegado por occidente para garantizar la coherencia emotiva de sus individuos en la escuela, hospitales, cárceles, asilos y otras casas de reclusión. Si bien Foucault se refiere, en particular, a la figura arquitectónica diseñada por Bentham en las postrimerias del siglo XVIII para vigilar el movimiento de los individuos y su distribución espacial, registrar y examinar sus conductas, y disciplinar sus hábitos indeseados, en las bases de esta figura también se articula la presencia de una mirada escrutadora

de los “convidados de afuera” sino que se produce en el seno de la danza misma, de allí que la perspectiva del narrador casi nunca parta de quienes bailan, sino de quienes ven bailar. Se trata de un ojo que escudriña los gestos, modales e intenciones del otro, que enjuicia y censura, que clasifica según criterios raciales y, asediado como se halla por la fobia de la promiscuidad, bordea permanentemente los enlaces furtivos que se producen entre los géneros.²⁰⁴ A pesar de su eminente carácter lúdico, tanto el baile como la fiesta son sucesos plagados de tensiones, pues con frecuencia encarnan las dificultades del encuentro amoroso, el pasaje doloroso donde se cristalizan las diferencias sociales y se imponen las más variadas etiquetas de exclusión. Por eso Carreño regula la conducta de invitados y anfitriones e impone una normativa que no permite acceso a las elucubraciones tendenciosas de los ojos que miran. Pero antes de detenernos en el análisis de su propuesta de conducta en el marco de la fiesta, lo haremos en aquellas que regulan los hábitos de los individuos en el espacio religioso, pues éstas ofrecen la vigencia de preceptos de viejo cuño que sirven a Carreño para consolidar las bases de su proyecto pedagógico.

3.3.- Normas para el distanciamiento de los cuerpos en el espacio religioso. Vigencia de las Constituciones Sinodales

En relación con los intercambios sociales en el marco de los oficios religiosos, Carreño no hace más que refrendar los preceptos que al respecto quedaron fijados en las Constituciones Sinodales de 1687. En este sentido, sirva la próxima cita para elaborar algunas precisiones:

Tributemos un respeto profundo á todos los actos religiosos que se celebren en la calle; y tengamos siempre mui presente que una persona culta y bien educada no toma jamás parte en los desórdenes que suelen formarse en las procesiones, en los cuales se falta, no

que controla las acciones de los individuos y las evalúa según criterios adscritos a las nociones de progreso y coherencia característicos del estado moderno. La figura arquitectónica de Bentham es apenas el punto de partida de una red de control social que, según las premonitorias afirmaciones de Foucault, aún no ha dicho su última palabra. Cf. Foucault, Michel, 1975.

204 La novela de Villaverde está plagada de ejemplos en este sentido: para muestra, éste que narra el contacto furtivo entre Cecilia y su clarinetista enamorado: “Al pasar ella por junto al clarinete Pimienta, le tocó con el abanico en el brazo, acompañando la acción con una sonrisa, que fueron parte para que el artista, que por lo visto esperaba aquel instante con ansia devoradora, sacara de su instrumento las melodías más extrañas y sensibles... (...) Puede decirse en resumen que el golpe del abanico surtió en el músico el efecto de una descarga eléctrica cuya sensación si es dable expresarlo así, podía leerse lo mismo en su rostro que en todo su cuerpo, desde el cabello a la planta. No se cruzaron palabras entre ellos, por supuesto, ni parecían necesarias tampoco, al menos por lo que a él tocaba, pues el lenguaje de sus ojos y de su música era el más elocuente que podía emplear ser alguno sensible para expresar la vehemencia de su amorosa pasión.” Cf. Villaverde, Cirilo, (1882): 35.

solo á los deberes que la religion y la moral nos imponen, sino á la consideracion que se debe á las personas que á ellas asisten con una mira puramente devota. (MU, 114) (El subrayado me pertenece)

205

Si hemos de atender a las advertencias de Carreño de no participar en los desórdenes que suelen amenazar al culto religioso, diremos que a pesar de los cuidados tomados por el obispo Baños y Sotomayor en la redacción de las leyes sinodales, la cadena de desórdenes en las procesiones, bailes y encuentros de corte amoroso en las Iglesias y otros oficios religiosos, se siguen produciendo con el mismo desparpajo. Veamos el "cuadro de costumbres" descrito por el obispo en el texto sinodal:

En muchas ciudades de este obispado está introducido, que en las procesiones, no sólo del Corpus, y su octava, sino también en las de los santos patronos, se hagan danzas de mulatas, negras e indias, con las que se turba, e inquieta la devoción, con que los fieles deben asistir en semejantes días. Y porque de ellas, y de los concursos, que hacen, de noche, y de día, para los ensayos de las dichas danzas, y de la solicitud que ponen, para salir vestidas en ellas, se siguen graves ofensas de Dios, nuestro Señor: Mandamos, S.S.A. pena de excomuni6n mayor, que las dichas danzas de mulatas, negras, e indias, no se hagan, ni permitan; Y exhortamos a las justicias de su majestad, por lo que les toca, así lo manden cumplir, y ejecutar. (SDC, 206) (El subrayado me pertenece)

Lo que antecede, no es más que el punto final de la inquina religiosa contra las deshonestas propiedades de ciertas artes, sobre todo la comedia y la danza. La combinación de ambas con el culto religioso y, peor aún, con la oscuridad de la noche, ofrece un espacio propicio a la lujuria:

Y porque en muchas partes suele acostumbrarse haber danzas [durante las procesiones], mandamos, no salgan en ellas mujeres, y que los que hubieren de danzar, vayan decentemente vestidos, como quienes van delante de tan Gran Señor. (SDC, 184)

205 Carreño dedica dos páginas al capítulo denominado: "Del modo de conducirnos en el Templo". En el mismo, reajusta, sobre el modelo de comportamiento esbozado en las Constituciones Sinodales, la conducta de los ciudadanos en el marco de los oficios religiosos: el modo y momento oportuno de hacer las diversas genuflexiones, inclinaciones y demás reverencias, las distinciones y obsequios ante los diferentes altares y santos. Las innumerables coincidencias indican que, al menos en este apartado, Carreño solo elabora un recordatorio de las normas religiosas que contiene el texto sinodal.

Mandamos, S.S.ª que de ninguna manera se presenten comedias en tales días, aunque sean Actos Sacramentales, en dichas iglesias, ni en sus comentarios ni en otro día del año, pena de excomuni3n mayor... (SDC, 184)

Y habiéndose de hacer en otra parte, mandamos, que ninguna se presente, sin que primero sea vista, y examinada, por nuestro provisor, y vicarios de los partidos, o cometan a personas doctas, y de justo parecer, el recordarles, quienes firmarán son de buen ejemplo, y que no contienen cosa contra nuestra Santa Fe, y buenas costumbres: Y entonces se harán de día, y por ninguna de las maneras de noche, por obviar los graves inconvenientes, que resultan, y de que estamos informados. Y mandamos, que en los pueblos de los indios, ni de día, ni de noche se hagan, por no convenir, y tenerlo así dispuesto su Majestad. (SDC, 184)

Las cosas parecen no haber cambiado al cabo de poco más de dos siglos y medio, de allí la acotación de Carreño acerca de los "desórdenes que suelen formarse en las procesiones". Y nada más natural que así sea, pues no olvidemos que a pesar de que la vida pública se dirige hacia otros derroteros y un tímido movimiento urbano comienza a desarrollarse para el año de la publicación del *Manual de Urbanidad*, la vida religiosa sigue dominando la escena social de la época. En el marco de los oficios religiosos no sólo se produce el acercamiento entre los sexos, sino el encuentro de las razas y la confluencia (a pesar de las distancias) de superiores e inferiores. La práctica religiosa es el único espacio de confluencia social masiva. Tanta mezcla genera desorden y es contra la posible promiscuidad de este desorden, contra el despliegue del cortejo amoroso, que se elaboran las leyes del Sínodo, a las que Carreño se suscribe. Veamos la situación descrita por algunos distinguidos visitantes del siglo XIX:

Las procesiones se consideran en Caracas como una diversión pública y son las únicas diversiones en las que toma parte la generalidad de la población. Son frecuentes y costosas, ponen en movimiento toda la ciudad y causan un extraordinario consumo de pólvora en bombas y cohetes.²⁰⁶

206 El comentario pertenece al brasileño Miguel de Lisboa que, como sabemos, visitó el país en 1853; es decir, un año antes de la publicación del texto de Carreño. En Lisboa, Miguel Maria, 1984: 79.

Durante las procesiones las más distinguidas damas se colocan en las ventanas de sus casas o de la de sus conocidos; allí se reúnen también los jóvenes y una vez que el desfile ha pasado se disponen –frecuentemente- a bailar. El pueblo –que en estas oportunidades se reúne en cantidad asombrosa- no sigue la procesión sino que se apura de una calle a otra, para adelantarla y gozar una y otra vez del espectáculo.²⁰⁷

En efecto, cuando se celebra alguna festividad solemne, como la de *Nuestra Señora de la Merced*. El bello sexo se muestra ataviado de vistosas galas, y se le ve pasar en grupos para la iglesia. Para conceder entonces la manzana de oro a la venus criolla, con preferencia a las demás beldades, tendría uno que poseer la imparcialidad de un París, tan hermosos son los rostros que nos deslumbran bajo la coquetona mantilla, y tan grandiosas aparecen las figuras que cruzan cimbreantes por las calles. Puede que en otras partes haya realmente mejillas más sonrosadas y tez más blanca, pero nunca tan rasgados ojos negros, dientes de tan alucinante blancura, talles tan esbeltos, pies y tobillos de tanta perfección, como los que posee la mujer venezolana. En cuanto a la devoción, es cosa que –por supuesto- debe descartarse enteramente. Las mujeres salen a la calle para que las miren, y los hombres se reúnen en grupo en las gradas de la iglesia o forman corro dentro de ésta para admirar a las mujeres. (...) Al ver todo esto, me acordaba yo de la India y de las procesiones de Durga y Krishnah. En realidad, los yátrostsavahs del Indostán y las fiestas de la América del Sur, presentan un origen común. Constituyen el desahogo de un pueblo perezoso, y sirven de pretexto para ostentar lujosos atavíos, holgazanear y entregarse al juego y al amor.²⁰⁸

Montenegro también había agregado lo suyo en relación con las deshonestidades que se producen en el marco de las procesiones. Del mismo modo que Carreño lo hará unos años más tarde, sus reflexiones parten de la incomodidad por el juicio del otro²⁰⁹ y de su interés por el adecentamiento de las costumbres de su época:

207 Esta vez se trata de las afirmaciones del húngaro Pal-Rosti, de visita en Venezuela en el año 1857. En Pino Iturrieta, Elías y Calzadilla, Pedro, 2002: 114.

208 Edwar Eastwick de visita por Venezuela en el año 1864. En Pino Iturrieta, Elías y Calzadilla, Pedro, sf:144-145.

209 Por cierto que Lisboa reseña esta característica de los caraqueños de la época en sus notas de viaje: "En las clases altas observé mucho del arrojo y dignidad de los españoles, mucha independencia de carácter y al mismo tiempo una extrema susceptibilidad, nacida tal vez de la conciencia que tienen del atraso de su país y del temor de que los extraños los vengán a criticar y a burlarse de ellos. ¡Ojalá que en muchos casos la ligereza y el ridículo orgullo de algunos indiscretos viajeros no hubiese justificado aquel temor!" Cf. Lisboa, Miguel María, 1984: 71-72.

Siempre se aconseja, y observan los hombres bien educados, la política de sujetarse á los usos de cada país; pero repugnan mucho y no deben avenirse jamás con aquellos que chocan contra la ilustración, ó lastiman en algo la moral, sin que haya necesidad de hacerlos objeto de sátiras, las cuales solo servirían para molestar y no para corregir á los que los siguen por irreflexión, ó por haberseles legado sus padres en herencia de sus antepasados: y como entre dichos usos, unos son ridículos; otros escandalosos; y otros signo de poco adelantos y de no conocer bien el mundo, nos corresponde indicarlos, para evitar que los de otras naciones se ocupen en censurarlos; para no merecer la nota de atrasados en las cosas mas triviales y que se hallan al alcance de los que leen algo; y muy especialmente, para contribuir á que se deseche todo cuanto ofende el decoro personal, ó social. (LBC, 152-53) (Cursivas en el original) (El subrayado me pertenece)

Montenegro piensa que es necesario ajustarse a los usos de cada país, siempre que éstos no desdigan la moral de las personas, en cuyo caso se impone la corrección pedagógica, ésta es la empresa que pretende llevar a cabo. A pesar de la crudeza que suele emplear para condenar conductas indeseadas, ciertas afirmaciones en el tono de esta cita, indican hasta qué punto el autor entiende el origen de algunos usos que es necesario erradicar "para no merecer la nota de atrasados". Claro que no se ocupará de indicarlos sin antes precisar que muchas de estas costumbres se siguen por irreflexión e, incluso, por tradición. Aún así se trata de usos que indican poco adelanto desde la perspectiva de las culturas civilizadas y que deben corregirse para abordar el tren hacia la civilización cuyo destino ya fue alcanzado por estos pueblos.

Las páginas siguientes sirven para reseñar la conducta de sus contemporáneos durante las actividades religiosas con juicios que son categóricos. Tampoco aquí faltará la queja sobre la práctica del cortejo entre los asistentes, una actividad que, a su juicio, parece ser más importante que el fervor religioso. En el apartado dedicado a las procesiones, una vez que hubo descrito sus características pasa a precisar los malestares y vicios que desvirtúan el carácter de la práctica religiosa. Sirva la siguiente cita para borrar cualquier duda acerca de si lo que importa es detener el intercambio y el cortejo entre los sexos:

Pero si la asistencia á dichos actos se toma como medio de diversion; ó si con otro fin mas reprehensible se gusta de aumentar su acompañamiento, nadie dudará tampoco, de que este mal ejemplo, dado por personas que debiéran mostrar algun juicio y delicadeza, solo sirve para escandalizar y para inspirar a los niños, que concurren á las mismas funciones, la irrespetuosidad insultante con que se manejan algunos, haciendo gala de su desvergüenza. Y las procesiones de nuestro pais, ¿qué de bueno ofrecen á los que las observan y reflexionan sobre el modo irreverente con que se las solemniza por un pueblo, cuya generalidad se compone de católicos? ¿Son hereges acaso, como llaman á los de diferente creencia, los que las acompañan en grupos, conversando y ocupados en fisgonear hácia un lado y otro? ¿Lo son por ventura otros, que las esperan en las esquinas, formando pelotones de gentes que fuman y demuestran con risotadas y ademanes de mala crianza, lo poco que les importa la proximidad de la santa cruz y de las imágenes que pasan sucesivamente, á su inmediacion? ¿Lo serán algunos jóvenes erguidos y presuntuosos, que cuando mas ponen por un momento una de sus rodillas en tierra para adorar la Majestad; y que solos, ó asociados de dos en dos, ó de tres en tres, manifiestan su imprudente osadia, mezclados entre las mugeres que forman el resto del séquito, rezando; ó relamiéndose á vista de tal compañía? (...) ¿Osarian tampoco entrar en sus templos en pos de personas de otro sexo, para llamar su atencion; ó hablarlas al paso? (LBC, 153-55) (el subrayado me pertenece)²¹⁰

La correspondencia entre las ironías de Montenegro y las observaciones de los viajeros anteriormente citadas indican que no estamos ante el prejuicio aislado de un observador ocasional, sino frente a un hecho tangible que es necesario corregir y adecentar. En este sentido, el Sínodo ya había sido categórico al definir los términos y alcances del intercambio en la iglesia, en donde, sin lugar a dudas, se producían los primeros avances del cortejo amoroso:

210 Algo similar dirá en relación con las misas de aguinaldo y del Gallo: "En cuanto á las primeras, no puede concebirse como sea que ignoren los párrocos la falta de respeto con que los encargados de pedir limosna conducen la urna en que depositan al niño Dios: rien, fuman y sin duda deben creer estos, que lo que llevan es un muñeco... (...) En cuanto á las segundas, el recuerdo del nacimiento del Redentor, motivo altamente plausible de la solemnidad con que se celebra á media noche la misa, que denominan como se ha dicho, no deberían tomarse por pretexto para los excesos en que incurrer tambien los mismos católicos, autorizándolos los cabezas de familia y los gobernantes. Son las noches de las hallacas, de las citas, de las borracheras, de las riñas y de las deshonestidades... (...) Son las mismas noches, de las que suelen prevaleerse algunos para planes abominables en contra de la tranquilidad pública. Degrada en fin á un pueblo culto el espectáculo frecuente de hombres y aun de mugeres, que recorren las calles, beodos: á gritos y con ofensa del pudor y del decoro." (LBC, 156-57) (Cursivas en el original) (El subrayado me pertenece)

Que ninguna persona mueva a alboroto, sedición ni ruido.
Que se eviten las conversaciones, y risas descompuestas: Que los hombres no hablen con las mujeres, aunque sean sus parientes, ni les hagan señas. (SDC, 204)

Veamos lo que, al respecto, agrega Carreño quien parecía saberse la cartilla de memoria:

Dentro del templo no debe saludarse á ninguna persona desde lejos; y cuando ha de hacerse de cerca, tan solo es lícito un ligero movimiento de cabeza, sin detenerse jamas á dar la mano ni mucho ménos á conversar. (MU,115)

En lo que a la conducta entre los géneros se refiere, la Iglesia había sido tajante: la casa de Dios no debe servir de escenario al encuentro amoroso. Por eso, bajo ninguna circunstancia estará permitida la comunicación entre los sexos.

Mandamos, que en los días en que se jugaren toros en las plazas de las ciudades, y pueblos de los naturales, acabada la misa conventual, se cierren las puertas de las iglesias, y no se permitan dentro de ellas hombres, ni mujeres, aunque sea con pretexto de que están haciendo novenas, Y exhortamos a los prelados regulares de este nuestro obispado así lo manden guardar, y ejecutar, celando el decoro, y reverencia que se debe a los santos templos. (SDC, 206) (El subrayado me pertenece)

Mandamos, que las personas, que por algún delito, se acogieren estén en ellas con toda su reverencia, decencia y honestidad; y que no se pasen por sus comentarios, ni se pongan en las puertas de dichas iglesias; ni se les permita hacer convites en ellas. Y siendo casados, prohibimos que sus mujeres se queden con ellos. Y si lo contrario hicieren, mandamos a los sacristanes, den aviso a Nos, o a nuestro provisor, y vicarios, para que se provea de remedio. (SDC, 206)

Por su parte, Carreño agrega algunas sutilezas que corroboran las posibilidades que se ocultan tras el intercambio de una mirada: "Abstengámonos de apartar la vista del lugar en que se celebren los Oficios para fijarla en ninguna persona, especialmente de otro sexo". (MU, 115)

Algunas prescripciones de Carreño son fundamentales para comprobar la vigencia de ciertas prácticas sociales, necesariamente relacionadas con el cortejo amoroso, como es el caso de las normas de conducta a la salida de la iglesia.²¹¹ El Sínodo había sido categórico al decretar "Que en las puertas de las iglesias, o cementerios, no se hagan concursos, ni corrillos de hombres." (SDC, 206). Al retomar la misma prescripción Carreño muestra que no sólo las cosas no han cambiado, sino que la situación pareciera haberse agudizado para el año de la publicación de su *Manual de Urbanidad*. Al menos así se desprende cuando, sin cortapisas, afirma que,

Es un acto extraordinariamente incivil, é indigno de un hombre de buenos principios, el mezclarse entre las señoras al salir del templo, hasta el punto de estar en contacto con sus vestidos.

Los jóvenes de fina educación no se encuentran jamas en esas filas de hombres que, en las puertas de las iglesias, suelen formar una calle angosta por donde fuerzan á salir á las señoras para mirarlas de cerca. (MU, 118)

Los tiempos han cambiado. Carreño no emite órdenes sino que equipara la conducta que desea modificar a un comportamiento incivil e impropio de las personas bien educadas. En esto radica la eficacia de su técnica discursiva, en señalar claramente la conducta bárbara como contraria a la conducta de las personas civilizadas. De este modo urde un acuerdo tácito con unos lectores que, de seguir a pié juntillas sus recomendaciones, gozarán del privilegio de pertenecer a una elite que sabe conducir sus emociones por la senda de la civilización.

3.4.- La negación del contacto entre los cuerpos

Si algo podemos afirmar después de analizar, como se ha hecho, todas las prescripciones de Carreño en relación con el adcentamiento de las funciones

211 El impertinente personaje de Pepito, del cuento de Mendoza ilustra la persistencia de ésta y de otras costumbres reguladas por Carreño: "Concurramos a un sarao: Allí está Pepito. La mejor pareja es la suya; el puesto preferente en la cuadrilla está ocupado por él: su voz chillante dirige la danza. Va una persona de respeto por la acera, Pepito la tropieza para abrise paso. ¿Hay una función en la iglesia? Pepito, abanderizando una porción de angeilitos, que sólo se le diferencian en el nombre, obstruye la entrada y riega flores a la hermosa y lanza apodos a la que no es demasiado bonita." Cf. Mendoza, Daniel, (1846): 119.

corporales, es que toda la disciplina con relación al cuerpo se inscribe en la necesidad de impedir los contactos. De allí que el sujeto ideal de Carreño es aquel que no roza otros cuerpos y que sabe establecer límites en el abordaje de sus semejantes. Muchas indicaciones insisten en la necesidad de limitar los encuentros que se producen entre personas de diferente jerarquía para subrayar, de inmediato, que la gravedad de la falta aumenta cuando el abordaje se produce entre los géneros. Esta insistencia indica que más que evitar el contacto entre las personas, importa controlar los contactos entre hombres y mujeres. Las relaciones sociales no son espontáneas, mucho menos cuando se trata de las que se producen entre los géneros:

No saludaremos nunca desde léjos á ninguna persona con quien no tengamos una íntima confianza, y en ningún caso á una señora... (MU, 108)

Jamas deberá un caballero incorporarse con una señorita que no vaya acompañada de alguna persona respetable á ménos que sea un sujeto de avanzada edad, y que al mismo tiempo lleve relaciones de íntima amistad con su familia. (MU, 109)

Pero la espontaneidad también será encorsetada en el ámbito de la familia y cuando se trate de preservar el pudor de las personas que allí conviven y de negar las relaciones entre los cuerpos. Así lo había entendido Montenegro. Valga la repetición de la siguiente cita para demostrarlo:

... En el otro abuso incurren, como de concierto, las niñas y sus hermanos: aquellas, admitiéndolos en sus viviendas [sus habitaciones] y éstos introduciéndose en ellas, cuando y como les parece, y a pretexto de hermanos, como si esta cualidad los eximiera de tratarlas con el mayor miramiento ; y de respetar el retiro, en que pueden hallarse medio vestidas ; o atendiendo el aseo de su cuerpo, sin la precaución de cerrar bien la puerta. Un padre no obstante su autoridad, jamás debe por lo mismo entrar en dichas piezas, sin previa indicación: lo opuesto es ultrajar el pudor ; y desconocerlo, permitir que tambien los sirvientes se introduzcan en ellas. (LBC, 168 – 169) (El subrayado me pertenece)

Carreño agregará otra indicación que muestra su interés por disciplinar las relaciones entre los sexos. Veamos de qué se trata:

Tampoco es lícito á un caballero, y mucho ménos si es joven, el detenerse á conversar con una señorita ó señora joven que se encuentra sola en su ventana, por mui íntima que sea la amistad que con ella tenga. (MU, 109)

Como vemos, el factor cronológico es fundamental cuando se trata de establecer contactos con el sexo femenino. Un hombre joven; esto es, en pleno ejercicio de sus funciones sexuales y, por lo tanto, perfectamente apto para el cortejo despertará permanentes sospechas sobre sus intenciones con la dama que saluda. En cambio, para una persona de avanzada edad, el contacto siempre será lícito pues su condición de anciano lo fragiliza y lo excluye del ejercicio de la sexualidad.

Algunas situaciones suspenden la severidad de la etiqueta y promueven un breve relajamiento (temporal) de las jerarquías y de las distancias entre los sexos. Tal es el caso de las relaciones que se establecen entre las personas en el transcurso de un viaje:

En los caminos se relaja un tanto la severidad de la etiqueta, y pueden dirigirse un saludo las personas entre sí desconocidas que se encuentren; pero este saludo, que adelantará el inferior, deberá ser autorizado por una mirada del superior. (MU, 128)

Según lo hemos indicado ya, la etiqueta en los viajes no es tan severa como en las demas situaciones sociales; así, al mismo tiempo que nos está permitido conversar en un coche con personas que nos son absolutamente extrañas, podemos igualmente, sin faltar á la urbanidad, dejar de tomar parte en la conversacion general, guardar absoluto silencio, limitándonos a contestar lo que se nos pregunte, y aun entregarnos á la lectura ó al sueño. (MU, 130)

En cierto sentido, el encuentro entre viajeros genera una suerte de micro espacio de sociabilidad entre personas desconocidas, una leve suspensión de la

severidad de la etiqueta que, sin embargo, no olvida las diferencias sociales ni la importancia de evitar malos entendidos entre los sexos:

En los coches pueden entrar en conversacion personas que no se conozcan entre sí; pero nunca será el inferior el que dirija primero la palabra al superior, ni el caballero á la señora, ni la señorita al caballero. Entre señoras, señoritas y caballeros, una notable diferencia en la edad puede autorizar la alteración de esta regla, dirigiendo primero la palabra, por ejemplo, un anciano á una señora joven, ó una señorita á un joven de mucho menor edad que ella. (MU, 129-30)

Una vez que el encuentro fortuito entre personas desconocidas haya cesado, deberán reestablecerse las distancias entre los cuerpos y cerrarse el canal de la comunicación espontánea. La mirada servirá como reguladora de futuros encuentros.

Terminado un viaje, cesa enteramente la comunicacion en que durante él hayan estado las personas entre sí desconocidas; y en los lugares en que mas adelante se encontraren, toca á la señora autorizar con una mirada el saludo de los caballeros, y á los superiores el de los inferiores. (MU, 130)

Ya no soy el negro congo/ Que cantaba en el manglar/ Ahora soy un negro fino/ Que ingresó en la sociedad/ Mis modales han cambiado/ De manera radical /Y al hablar ya no digo/ La "suidad" por la ciudad.

No mi negra, no/ No bailes más la conga así/ No mi negra, no/ Mira que soy de sociedad/ Y si alguien me ve/ Bailando conga en el manglar/ Toda mi argumentación/ De negro fino se me va a caer/ No mi negra, no/ No me tientes más.

Miguelito Valdés. ²¹²

212 Miguelito Valdés (letra), 1939. "Negro de Sociedad". Orquesta Casino de la Playa. La Habana, Victor c.a. (Música: Arturo Ojea).

3.5.- La regulación del ocio: Bailes, fiestas y juego

El son de Miguelito Valdés ofrece proyecciones similares a las aspiraciones pedagógicas de Carreño. En correspondencia con los objetivos que se proponen los manuales de urbanidad, el proceso de civilización del “Negro de Sociedad” se plantea dos necesidades: limpiar los modales del cuerpo y de la lengua del personaje y ofrecerle un método de conducta social destinado a los otros. En relación con lo primero, se imponen la buena pronunciación del lenguaje y el adecentamiento de los modales: decir ciudad en lugar de “suidad”, mostrar que se es “negro fino” (civilizado) y, en modo alguno, “negro congo” (bárbaro).²¹³ La segunda parte del son prescribe comportarse según un modelo de conducta destinado al otro, controlar las pasiones y desvaríos que la danza pone en juego. Y aquí es donde importa el ojo que mira y su evaluación de la conducta ajena. Si el personaje baila con la sensualidad que, tanto él como su pareja conocen, se estaría despojando de una máscara sin la cual “toda su argumentación de negro fino” iría a pique.

3.5.1.- Danza y deseo en la narrativa hispanoamericana decimonónica

Si algo deja establecido la pieza de Miguelito Valdés, es que el baile provoca el desbordamiento de la emotividad corporal de los individuos, al tiempo que forja puentes de acceso a la promiscuidad y al despilfarro de sus energías vitales más primarias. En razón de ello, es natural que una sociedad como la hispanoamericana en ciernes, fundada en la certeza de que su ingreso a la civilización depende de la existencia de ciudadanos disciplinados y productivos, restrinja el acceso de sus habitantes a estas situaciones de riesgo, pues ellas desestabilizan el orden que la sociedad les ha conferido como único libreto de vida posible. Por eso, no extraña que el tema haya sido ampliamente explotado por los intelectuales

213 En términos de Beatriz González (1994 y 1996), lo que propone el Manual de urbanidad (y con él todos los libros de su género publicados durante el siglo XIX) es una suerte de domesticación o regulación de la Barbarie, una serie de procedimientos ortopédicos para orientar los principios de urbanidad de los individuos y obtener con ello el certificado de ciudadanía que les permita su inserción en la civilización. Esto es, desde luego, innegable. Pero como demostramos al inicio de estas reflexiones, basta una revisión de la estructura temática de la obra de Montenegro y la de Carreño para constatar la reiteración de los mismos preceptos morales que durante 300 años impuso la Iglesia católica en sus colonias. Y esto cuando se piensa, fundamentalmente, en las interdicciones que pesan sobre la mirada, el contacto, la conversación, el baile, el ocio y demás valores inscritos en la preservación de las nociones de recato y pudor, coherencia y equilibrio. El lector encontrará la génesis de este mundo de valores en el periodo colonial en los interesantes trabajos de José Ángel Rodríguez, 1998 y Elias Pino Iturrieta, 1996. Así mismo, la excelente Historia de la sensibilidad en el Uruguay de José Pedro Barrán que, en dos tomos, analiza la transición entre barbarie y civilización en el periodo que transcurre entre el 1800 y el 1920.

latinoamericanos del siglo XIX quienes lo usaron, con frecuencia, para exponer su muy particular visión de la sociedad en que vivieron.

Ahora bien, una sociedad que regula las acciones y movimientos de sus ciudadanos, que impone horarios de exhibición a sus mujeres y limita los espacios operativos de ambos sexos, que restringe los contactos amparada en criterios de género y jerarquías, necesariamente también produce espacios de emancipación, sin cuya existencia, ni siquiera el cortejo sería pensable. El baile representa uno de estos espacios, de allí su regulación en manos de los pedagogos decimonónicos; de allí también su presencia en un amplio corpus narrativo latinoamericano que, durante el siglo XIX, también utilizó el tema para establecer los contrastes entre las conductas propiamente civilizadas y las conductas bárbaras.

Tal es el caso de *Amalia* (1851-1855), del escritor argentino José Mármol (1817-1871) quien en breve capítulo describe un baile de sociedad durante la dictadura de Rosas, en el que destaca el desprecio racial de la vieja elite criolla hacia los "parvenus" del rosismo. Por otro camino, Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) describe en *El Zarco* (1901) un baile en un antro de bandoleros en el que uno de ellos, representante insigne de la barbarie, pretende ultrajar a una joven de buena familia embebido de una fascinación por el mal tan sólo propia de gente salvaje. En ambos ejemplos persiste la idea del baile como representación, ya sea del cortejo, ya de la lujuria y, sobre todo, como representación de las diferencias de clases. Incluso, Efraín, el aparentemente etéreo enamorado de María en la novela homónima de Jorge Isaacs (1837-1895) muestra estas tensiones cuando asiste al matrimonio de Remigia y la observa bailar con su marido: "Ella, con follado de boleros azules, tumbadillo de flores lacres, camisa blanca, bordada de negro y gargantilla y zarcillos de cristal color rubí, danzaba con toda la gentileza y donaire que eran de esperarse de su talle cimbrador."²¹⁴

Pero el ejemplo más representativo de esta tendencia lo constituye *Cecilia Valdés* del cubano Cirilo Villaverde. Pese a que, por exigencias de la trama narrativa, se citan hechos ocurridos en un periodo de casi 20 años (entre 1812 y 1831, según las afirmaciones del cubano en el prólogo de la obra), los hechos narrados por Villaverde se inscriben en un tiempo, cuidadosamente, delimitado que abarca poco más de un año desde finales de septiembre de 1830 hasta principios de noviembre de 1831. Estos meses están alineados por una sucesión de celebra-

²¹⁴ Isaac, Jorge, 1987:21.

ciones (religiosas y profanas)²¹⁵ que terminan con la fiesta de bodas de Leonardo Gamboa e Isabel Ilincheta. Antes de consumarse la boda, Leonardo es asesinado por su rival, el clarinetista enamorado de Cecilia (quien a su vez ama a Leonardo, su medio hermano) y mejor conocido como Pimienta. La crítica ya ha llamado la atención sobre el carácter fundador de esta novela en cuanto al tratamiento de la fiesta como núcleo de la narración y elemento que articula el drama de sus personajes.²¹⁶ En razón de que la fiesta facilita el encuentro de los cuerpos, promueve las mezclas entre negros, mulatos y blancos de clase alta y, en consecuencia, relaja las jerarquías, Villaverde la usó para plantearse las grandes preguntas de la sociedad de entonces; notablemente, las relacionadas con los problemas del mestizaje que, según la perspectiva de las elites, representan un obstáculo para el progreso de la civilización.

En cualquiera de los ejemplos que acabamos de ofrecer, la gran pregunta sobre el futuro de la sociedad en ciernes no tiene respuesta, pues se trata de una sociedad encarcelada entre dos polos que ejercen tracción en sentido contrario: el pasado y el futuro. El pasado lo constituye la herencia mestiza que representa poco menos que un escombros difícil de eliminar; el futuro no es más que un sueño que debería construirse con todos los miembros del cuerpo social si el pensamiento liberal que lo propulsa no fuera tan excluyente.

Las citadas "Costumbres de Barullópolis" de Fermín Toro, también ofrecen un ejemplo interesante de las tensiones que se articulan en el marco de la fiesta y de los bailes en la Venezuela decimonónica. Por lo demás, el hecho de que este cuadro de costumbres haya sido publicado en la revista *Mosaico*, el mismo año en que aparece la primera publicación del *Manual de Urbanidad* de Carreño, lo convierte en un valioso documento cuyo análisis resulta ineludible para los fines del presente ensayo. Pero, si las razones cronológicas aducidas no resultan suficientes, en cambio sí lo serán las denuncias e ironías del narrador de Barullópolis en relación con los desafueros y alteraciones del orden moral y social que el baile estimula. Estas denuncias colman muchos de los silencios que habitan el texto de Carreño; asimismo, ellas explican muchas de las normas de conducta que Carre-

215 Desde las primeras líneas de la novela, en el marco de las celebraciones religiosas en honor a la virgen de la Merced, se perfila el carácter de esta fiesta y del resto de las que se producirán en el desarrollo de la novela: "...diez y ocho días de fiesta, religiosas y profanas, que tenían más de grotescas y de irreverentes que de devotas y de edificantes." Villaverde, Cirilo, 1981:28.

216 Es el caso de Roberto González Echevarría quien en esclarecedor artículo demuestra que tanto Fernando Ortiz como Alejo Carpentier no hacen más que refinar y ampliar lo planteado por Villaverde en su magistral novela. Veamos lo que González agrega a modo de conclusión: "La novela concluye con esa fiesta de matrimonio frustrado por la muerte provocada por los celos y el resentimiento racial, y marca el estado de violencia y desunión que existe en la bulliciosa sociedad cubana: la lucha en el interior de la sociedad cubana no sólo entre blancos y gente de color, sino entre blancos peninsulares y criollos, y entre negros y mulatos. La minuciosidad con la que Villaverde analiza estas luchas, y su relación con la trama amorosa de la novela son su mejor logro." Cf. González Echevarría, Roberto, 2001:130-131.

ño prescribe como indispensables para conducirse, con acierto, durante este tipo de celebraciones. Tampoco aquí Fermín Toro escatima esfuerzos para denunciar la descomposición social de sus contemporáneos, resultado inevitable del abandono de las jerarquías y de las confusiones y mezclas que le son inherentes:

¡Qué mágico poder que nivela y confunde sin violencia, todo rango, toda condición, toda edad, todo sexo! Mira al lechuguino abuelo con qué garbo se despechuga y dice ternezas a las niñas... (...)... mira el militar y el cura, el truhán y el magistrado, las prostitutas y las vírgenes, los tahúres y fulleros, en familiar confusión (...) ¿Dónde se vió jamás borrada a tal punto la fealdad del vicio y más mellados los filos de la importuna virtud? ¿Quién vió nunca lo que vemos?, traiciones honoríficas, injusticias de sublimado mérito, castísimos adulterios, pujante y fogosa vejez, docta y sentenciosa juventud. ¡Chipre! ¡Sibaris! Tierras sois de anacoretas; aquí sí se goza de la vida; aquí sí Venus y Baco tienen su blandísimo imperio...²¹⁷ (El subrayado me pertenece)

Las ironías de Toro denuncian el relajamiento de las jerarquías y el abandono de las distancias entre los géneros que la normativa de Carreño intenta, a toda costa, preservar. De allí que, a pesar de las diferencias metodológicas, ambas propuestas sean complementarias, pues ellas se erigen de cara a los mismos problemas de conducta, sólo que allí donde Toro elige la delación, Carreño opta por la corrección de las conductas indeseadas. Ahora bien, tanto uno como otro permanece asediado por el temor a la promiscuidad que la danza moviliza y si bien Carreño amordaza este temor y lo confina al terreno de lo que no debe mencionarse, sus permanentes omisiones y meandros discursivos no hacen más que confirmar su presencia. En este sentido, ambos coinciden al censurar aquellos bailes a la moda que ponen en entre dicho la honestidad de las parejas; así, mientras Carreño afirma que el imperio de la moda, en materia de baile, termina donde comienza el de la decencia y las buenas maneras de los danzantes, su contemporáneo describe los acercamientos peligrosos que esas modas traen consigo, el escarnio de aquellas que no consiguen ser invitadas por los caballeros a participar en la danza, así como las tentaciones y promiscuidades que se articulan alrededor del baile mismo:

²¹⁷ Toro, Fermín, (1854): 141.

Allí danzaba también una mujer de vida escandalosa, con faz risueña y ademán desenvuelto, al lado de un joven de familia honrada y que infamemente le hacía rendidos cumplimientos; allí una inocente niña saltaba descuidada rebosando en contento, al lado de un hombre habituado a la más viciosa sociedad que con lascivo ojo la atisbaba y medias palabras le dirigía que la hacían sonrojar.²¹⁸

La elección del baile y de la fiesta como nudo de la trama narrativa no es un hecho azaroso, sino más bien representativo de las tensiones sociales que se articulan en las nuevas repúblicas hispanoamericanas del siglo XIX. En una sociedad que mide el comportamiento emotivo de los individuos por sus excesos y que no escatima esfuerzos en reafirmar las diferencias sociales, la danza representa un recurso indispensable para mostrar las tensiones que se tejen entre los miembros del cuerpo social, por eso no extraña su presencia ni en la literatura costumbrista, ni en los tratados de urbanidad decimonónicos.

Lo que ambas fórmulas exponen con sus juicios de valor, prescripciones y prerrogativas es que el baile, lejos de liberar los prejuicios raciales que se ciernen sobre sus protagonistas los profundiza, y así lo hace porque en la medida en que estimula la cercanía de sus cuerpos y el desbordamiento de sus pasiones, promueve las mezclas y debilita las jerarquías. Esta afirmación es particularmente cierta en lo que concierne a las diversiones públicas (profanas y religiosas) de la época en las que el "concurso"²¹⁹ de gente de todas las clases y el consiguiente relajamiento de las jerarquías era un hecho inevitable, como en seguida veremos.

Pero antes de demostrarlo, veamos lo que el narrador omnisciente en la novela de Villaverde piensa acerca de una danza cubana de clase alta y apliquemos la misma observación a la danza en general, pues es evidente que son este tipo de contactos los que inquietan a las clases dirigentes de la época:

La cubana danza sin duda que se inventó para hacerse la corte los enamorados. En sí el baile es muy sencillo, los movimientos cómodos y fáciles, siendo su objeto primordial la aproximación de los sexos, en un país donde las costumbres moriscas tienden a su separación; en una palabra, la comunión de las almas. Porque el caballero lleva a la dama casi siempre como en vilo, pues que mien-

218 Toro, Fermín, (1854): 145.

219 El término pertenece al Sínodo Diocesano de Caracas y significa reunión de gente.

tras con el brazo derecho la rodea el talle, con la mano izquierda le comprime la suya blandamente. No es aquello bailar, puesto que el cuerpo sigue meramente los compases; es mecerse como en sueños, al son de una música gemidora y voluntuosa [sic], es conversar íntimamente dos personas queridas, es acariciarse dos seres que se atraen mutuamente, y que el tiempo, el espacio, el estado, la costumbre ha mantenido alejados.²²⁰

Contra estos desórdenes afectivos, contra este relajamiento de las diferencias se erige la normativa de regulación del baile, pues la danza no sólo supone el acceso a la intimidad corporal del otro, sino que pone en juego el desbordamiento de los cuerpos. El baile garantiza el contacto, normalmente prohibido, los enlaces y vaivenes entre los géneros que la sociedad proscribía. Por eso, no sólo el baile sino la fiesta serán sometidos a una reglamentación cuidadosa. Y con las fiestas, el juego; y con el juego otras diversiones como los toros coleados, las peleas de gallo, las danzas y fiestas populares en las que se mezclan todas las castas y se irrespetan las jerarquías.

3.5.2.- Fiestas populares y promiscuidad: carnavales, peleas de gallos y toros coleados

Al revisar esta normativa en los manuales de Carreño y Montenegro se observa que, mientras el primero se encarga de las fiestas de sociedad, al segundo le interesan los desbordamientos que se producen en algunas fiestas de carácter popular. Los manuales de ambos pedagogos recorren con frecuencia los mismos derroteros discursivos y nada más natural que así sea, pues como transcritores de la sociedad que les tocó vivir se ocuparon de narrar y normar la vida social de sus contemporáneos... aunque con naturales diferencias.²²¹ Es evidente que el Manual de urbanidad introduce elementos inusitados, inexistentes en publicaciones anteriores. Los nuevos tiempos parecen reclamar nuevas maneras y en

²²⁰ Villaverde, Cirilo, 1981: 124.

²²¹ Al respecto conviene atender las observaciones de Mirla Alcibiades, 1998: 5 : «...hay que pensar en dar respuesta a preguntas definitivas como éstas: ¿para qué escribir otro manual?, ¿Por qué redactar un nuevo discurso normativo si ya existían otros que cumplían una función equivalente?, ¿Qué aporte o aportes novedosos introduciría con relación a los ya conocidos? Es evidente que cada uno de los textos que conocemos no logró el cometido de anular para siempre la validez de los demás. Pero, pienso que el que sí se planteó el reto en esos términos, es decir el que sí «eclipsó todos los anteriores de su género», como se recordaba en el n.º 2 (julio 15 de 1881) de la Revista Venezolana que fundara José Martí fue, precisamente, Manuel Antonio Carreño en su Manual de urbanidad y buenas maneras.»

esto reside el éxito de Carreño: en su capacidad de ofrecer un discurso novedoso capaz de tapar los vacíos de discursos anteriores. Visto desde esta perspectiva, las oposiciones son anacrónicas, Montenegro es apenas un hombre de su tiempo que muere sin conocer la primera edición del *Manual de urbanidad*. Consideramos que, el tópico del impacto de la obra de Carreño sobre la de Montenegro es indiscutible y superficial, sino trasciende hacia la búsqueda de puntos de contacto que permitan reconstruir el mosaico de creencias y cruzadas decimonónicas.

Miremos desde arriba: mientras Carreño se ocupa de las reuniones en sociedad, Montenegro observa el comportamiento del colectivo en fiestas populares de todo tipo; por eso, su perspectiva es indispensable para comprender las soluciones ideadas contra el desorden y la promiscuidad racial. Es cierto que ambos ofrecen una normativa con relación al juego que pudiera acercarlos, pero ya hemos visto en Carreño una suerte de tolerancia discursiva que lo aleja de su antecesor, incluso si, como veremos, desde su perspectiva de mundo, la fiesta no supone un ambiente de trasgresión sino de contención.²²²

En realidad, estamos frente a dos visiones de un mismo calidoscopio, solo que en Montenegro el ojo que mira observa los hábitos sociales de un conglomerado humano que se embriaga en pulperías y toros coleados, que aprovecha el carnaval para “manosearse y estrujarse” y para el que las fiestas religiosas son un puente de acceso directo “a hallacas, citas, borracheras, niñas y deshonestidades”. Veamos algunas observaciones de Montenegro con relación al carnaval, una fiesta que Carreño ni siquiera menciona porque, necesariamente, no la considera acorde a la vida social de sus ciudadanos ideales:

Esta es la época, cuya bulliciosa alegría, á semejanza de la que se demostraba en los *Lupercales* de la antigüedad, ofrece al hombre culto y religioso, todo cuanto puede concebirse de mas grosero, é indecente en el extravío de las costumbres; y tambien, las fiestas de que mas gustan no pocas personas de ambos sexos, que por irreflexion, ó miras que deben silenciarse, recorren las calles, casas y teatros, para convertirlos en lugares de truhanería y desorden, sin el menor miramiento al pudor, é insultando á cuantos encuentran y se excusan de tomar parte en unas funciones tan detestables, propias solo de la gentilidad: es tambien época de una intemperancia

222 En trabajos anteriores ya he evocado los aportes de Carreño en este sentido (Cf. Díaz Orozco, Carmen, 1999) y sus diferencias con respecto a Montenegro (Cf. Díaz Orozco, Carmen, 2001). Este último análisis, también establecía diferencias entre los dos pedagogos aunque desde una perspectiva diferente, pues allí solo pretendía destacar el interés de uno y otro por imponer distancias entre los cuerpos.

refinada y lo singular que mas excita la atencion se encuentra, en el contraste que presenta un libertinaje audaz, con el fervor de muchas de las mismas personas, que olvidadas de su propio decoro en los dias de semejantes excesos, concurren muy devotas en el de ceniza, á recordar en los templos que han sido formadas de tierra y que á tierra serán reducidas. ¿Y los gefes de familia son tan ciegos que exponen sus hijas á los estrujones y manoseos de los atrevidos, con quienes suelen entretenerse, embadurnándose algunas veces con pinturas asquerosas, preparadas al intento? ¿Y la sociedad autoriza esa chusma de cuadrillas, que armadas de jeringas, huevos, polvos de todas clases, perfúmenes y diferentes porquerías , interceptan el paso á la mujer honesta y al hombre laborioso, para insultarlos y ridiculizarlos como de concierto, con las que se parapetean en las ventanas con el mismo fin? ¿Y nuestra educacion se halla tan descuidada que, aun en las casas destinadas á la enseñanza, se conciente á los educandos hacer á sus maestros el objeto de sus demasias y burlas? ¿Y la *Majestad* expuesta en los templos se respeta con la irreverente conducta de los que se colocan junto á sus puertas, para dar rienda á su truhanesco entretenimiento? ¿Y la tan decantada, y loable en verdad, circunspeccion republicana, se aviene con unos hábitos, tan opuestos á la buena crianza? ¡Bellísima costumbre, digna por cierto de ser solemnizada con toros, gallos y un gran trago! (LBC, 161-63) (Cursivas en el original) (El subrayado me pertenece)

Para Montenegro el carnaval es una fiesta indecente que muestra un extravío de las costumbres y desdice la circunspección republicana. Es la fiesta por excelencia de quienes ocultan segundas intenciones, las mismas que el autor afirma no querer mencionar aunque, de inmediato y con la vehemencia que lo caracteriza, se refiere a los "estrujones y manoseos" de los atrevidos que aprovechan el carnaval para cometer truhanerías. A Montenegro lo ocupa el adementamiento de las costumbres de un conglomerado humano que, cual personajes de Rabelais, aprovecha el carnaval para suspender temporalmente las jerarquías y las distancias. Montenegro arremete contra estas alteraciones del orden, contra ese comportamiento bárbaro, de pueblo bajo, del que todos disfrutaban sin distinciones de ningún tipo.

A Carreño, en cambio, no lo ocupa la conducta de los individuos en las festividades populares; en su lugar, opta por diseñar el comportamiento de un estrato

social emergente: el del hombre de negocios, invitado a banquetes y fiestas de sociedad y cuyo escenario social se halla en dirección contraria a lo popular. En este orden de ideas, las distancias no son de fondo, a pesar de que ambos se dirigen a públicos diferentes; más aún, incluso las diferencias de forma desaparecen si se les ve como transcriptores de una sociedad que, a juzgar por el testimonio del Consejero Lisboa, gusta de mezclarse durante la fiesta y que, según la concepción de las elites, reclama una normativa para su buen funcionamiento.

Lo interesante de la normativa elaborada por ambos pedagogos es que ellas se ocupan de espacios sociales diferentes, ampliando así el calidoscopio de las diversiones decimonónicas. De sólo atender la concepción de la fiesta en Carreño, estaríamos limitando nuestra comprensión de un fenómeno de más vasto alcance, cuyos desafueros corporales también suspenden la deseada honestidad de los individuos y, sobre todo, relajan las jerarquías entre los diferentes miembros del cuerpo social. Por otro lado, la exigua actividad social de la época, en contraposición al amplio despliegue de la fiesta popular, nos obliga a atender esta última para ampliar el panorama de los problemas y las soluciones diseñados durante el siglo XIX para cercenar las mezclas entre los géneros.

Así mismo, la limitada oferta cultural y social de la época nos obliga a ver en las prescripciones de Carreño el diseño de una sociabilidad ideal, cuando no hipotética, pues sabemos que en una ciudad provinciana como la Caracas de la primera mitad del s. XIX, apenas despierta a la urbanidad y carente de un amplio abanico de distracciones, la escena y actividades religiosas colmaban con creces la sociabilidad de los individuos. Veamos la actividad social descrita por algunos de nuestros más ilustres visitantes. Empezando por el notable Consejero Lisboa, quien en ocasión de la segunda visita que hace a la ciudad escribe lo que sigue:

No hay actualmente un teatro en Caracas, pues no merece ese nombre el miserable lugar llamado *Unión*, frecuentado únicamente por la clase ínfima de la sociedad. Se formó sin embargo una compañía a la cual la municipalidad concedió gratuitamente un terreno suficiente en la plaza Bolívar, con el fin de construir un buen teatro con capacidad para dos mil espectadores, y que sólo espera obtener del

Congreso la exención de los derechos de importación para traer de los Estados Unidos uno cuyo coste está cifrado en 20.000 dólares.²²³

Pese a las proyecciones a futuro que alientan al Consejero Lisboa, las cosas se mantienen sin mudanzas en ocasión de la visita de Pal Rosti, para quien la situación parece más grave:

Caracas torna melancólico al extranjero que se ha acostumbrado al ruido constante de las grandes ciudades; un silencio mortal reina en la ciudad semiderruida, donde están ausentes el movimiento comercial e industrial y aún falta el ruido de los carruajes. No hay salas de fiesta ni teatros; ni siquiera paseos; vida social sólo puede hallarse en los círculos más íntimos.²²⁴

Siendo así las cosas desde la perspectiva del lente extranjero, conviene preguntarse por el tipo de diversiones que animaba la vida de los caraqueños de la época: ¿En qué se invertían sus horas de ocio y cuál era el carácter de estas actividades? Pues bien, aparte de las procesiones y demás actividades religiosas existían otras de corte popular que, por promover la mezcla de razas y el desafuero de los cuerpos, no eran vistas con buenos ojos por las clases dirigentes. Así ocurría con los toros coleados y las corridas de toros, las peleas de gallos y los bailes populares de negros e indios, aunque también de algunos criollos de extracción popular que en sus momentos de esparcimiento gustaban entregarse a la danza del joropo. Veamos la descripción del coleo de toros y la mezcla desordenada que le es inherente:

Este deporte propiamente tiene su origen en los llanos, donde goza de cierta importancia y está en su lugar, corren al novillo, el llanero lo persigue sobre su pequeño caballo, ágil y bravo, agarra el rabo del animal, que va corriendo, y en ese instante –mientras el novillo, en su carrera, alza las patas traseras- se le adelanta y lo hala de tal manera que –perdiendo el equilibrio- cae. (...) Con esa actividad divertían los señoritos al pueblo caraqueño, especialmente a sus damas, ya que –de hecho- todo estaba organizado para complacerlas. (...) Al ponerse el sol y llegar a su fin el evento –cuyo resultado es a

223 Lisboa, Miguel María, 1984: 58.

224 Pal Rosti en Pino Iturrieta, Elias y Calzadilla, Pedro, sf: 111.

menudo la rotura de cuellos o piernas-, los jinetes desfilan a lo largo de las calles, delante de ellos la banda y detrás la delirante muchedumbre. Las señoritas lanzan coronas a los héroes del día y muchos hermosos pechos latan de alegría...²²⁵ (El subrayado me pertenece)

A las doce del día, con tambores y numerosos disparos de cohetes y fusiles, se dio la señal para comenzar la corrida de toros. (...) Y era en realidad cosa digna de verse este público, que mostraba revueltas las razas y mezclas de tipos más diferentes...²²⁶

Otro tanto ocurre con las peleas de gallos:

También existe un circo de gallos; y los venezolanos se apasionan muchísimo viendo las peleas de estos animales bravucones. Personas de la alta posición social, hasta generales, se interesan en tales peleas, crían gallos, hacen apuestas, frecuentan la gallera, con más entusiasmo, si es posible, del que en Chile se tiene por jugar a la cometa...²²⁷

Llama la atención que un personaje como el Consejero Lisboa, siempre tan ponderado en sus juicios y apreciaciones, no haga ningún esfuerzo por ocultar su repudio a esta suerte de tauromaquia a la venezolana, en los siguientes términos:

Existe una plaza de toros que desgraciadamente de nada sirve; pues el abominable oficio de torear y colear se practica en Caracas por las calles públicas con inminente peligro para los transeúntes y gran incomodidad para los moradores; y está tan arraigada esta costumbre de torear y colear por las calles, que subsiste a pesar de varias órdenes y leyes municipales que se han promulgado prohibiéndola. Colear se le dice a ir a caballo detrás de la res y aprovechar el momento en que ésta, apoyada en las manos, tiene los pies en el aire, para derribarla tirándole la cola con violencia hacia un lado.²²⁸

225 Pal Rosti en Pino Iturrieta, Elías y Calzadilla, Pedro, sf: 120.

226 Carl Sachs en Pino Iturrieta, Elías y Calzadilla, Pedro, 2002:291. Carl Sachs estuvo en Venezuela durante un año entre el 1867 y 1877. Era médico y fue enviado al país por la Real Academia de Ciencias para realizar estudios sobre el "Gymnotus" o pez temblador cuya presencia es significativa en los ríos del llano venezolano. Entre sus observaciones sobre geografía, botánica y medicina aparecen otras que ilustran interesantes aspectos de la vida del llanero de la época.

227 Lisboa, Miguel María, 1984: 53.

228 Lisboa, Miguel María, 1984:58.

Salvo contadas excepciones, los toros coleados y las peleas de gallos no representaron para la iglesia, ni para las autoridades civiles de la época, un problema a resolver. En esto contribuyó, desde luego, la escasa participación femenina en estas actividades, asunto que negaba de plano las tentaciones inherentes a la lujuria motorizadas por su presencia. En cambio Montenegro sí llamó la atención sobre estas diversiones por cuanto ellas estaban a un paso de otras de irremediables consecuencias: el encuentro de los sexos y la presencia de infiltrados con intenciones sospechosas. Pese a que el manual de Montenegro se ocupó de la regulación de estas diversiones públicas, la Iglesia sólo fue minuciosa al momento de adecentar la conducta de los feligreses en el espacio religioso y aunque las danzas, comedias y obras de teatro fueron duramente censuradas por esta institución desde la celebración del Sínodo de Caracas, ello más bien se inscribe en la necesidad de separar lo profano de lo religioso para mantener el perfil impoluto del culto.

La posición de la iglesia contra otros divertimentos sociales no siempre fue tan acérrima como lo demuestra su casi ninguna alusión peyorativa al coleo de toros, o las peleas de gallos, a pesar de que en estas actividades, como en las procesiones, también se mezclaban las razas y se difuminaban las diferencias de jerarquía entre los asistentes. En esta posición no sólo influía la ya citada ausencia femenina en estas festividades sino el provecho económico que de ellas devengaba esta institución, pues es bien sabido que los toros producían dinero y que gran parte de las ganancias eran destinadas a obras de caridad.²²⁹ Por eso la iglesia, organismo encargado de dar los permisos reglamentarios, casi nunca los negaba por cuanto ellos contribuían al aumento de sus arcas. Por otro lado, estas prácticas se efectuaban durante el día, situación que atenuaba su condición pecaminosa; en cambio sí fueron atacados los inevitables desórdenes públicos que podían producirse alrededor de los toros y, en este sentido, la iglesia no escatimó esfuerzos en redactar pastorales para impedirlos: restringiendo los horarios de apertura de las guaraperías apostadas alrededor de las improvisadas mangas de coleo, cerrándolas o impidiendo su acceso a las mujeres en sus momentos de mayor confluencia masculina.²³⁰

229 Miguel Ángel Rodríguez dedica un capítulo de su trabajo a esta permisividad de la iglesia fundada en sus alianzas con el cuerpo civil y al provecho que de ellas se devengaba. Cf. en Rodríguez, Miguel Ángel, 1998, el capítulo titulado "Espectáculos promiscuos". Pgs. 161-172.

230 En relación con las diversiones públicas que se articulaban alrededor del culto religioso y de las resoluciones diseñadas en la época por la iglesia y las autoridades civiles para erradicarlas en las postrimerías de la Venezuela colonial incluimos la siguiente resolución de 1789 emitida por el cabildo caraqueño: "Que con los días de fiesta durante los divinos oficios de la Santa Iglesia Catedral, estén cerradas las bodegas, guaraperías y demás casas en que se venden licores... (...) Que ninguna mujer entre

Pero si bien la iglesia no aporta demasiados datos en relación con estas prácticas populares por las razones que acabos de aducir, no ocurre igual con la literatura costumbrista del siglo XIX y gran parte del XX, hasta el punto de que todas las literaturas nacionales están repletas de cuadros de costumbres o de cuentos centrados en torno a la pelea de gallos. Incluso, novelas consideradas como representativas de lo propiamente americano hacen cuando menos una alusión al tema tal y como ocurre con Ricardo Güiraldes (1886-1927) que en *Don Segundo Sombra* (1926), dedica un capítulo al fenómeno; más fugazmente, José Eustasio Rivera también se ocupa del asunto haciendo observaciones puntuales en *La Vorágine*, aunque con menos intensidad que el argentino.²³¹ Una contradicción latente se halla en todas estas aproximaciones a las peleas de gallos, pues sus narradores, queriendo exaltar lo nacional, sólo consiguieron subrayar la omnipresencia y ubicuidad de la herencia española. Las peleas de gallos e, incluso, los toros coleados fueron vistos por los costumbristas del siglo XIX como un signo distintivo del carácter nacional, cuando en realidad ambas prácticas no eran más que pruebas irrefutables de la filiación cultural española. Las prescripciones de los manuales en relación con estas prácticas se hayan inmersas en esta marejada de tensiones e intereses que pronto convergirán en la construcción de las identidades nacionales. Si bien Carreño opta por un silencio deliberado al no considerar estas prácticas consonantes con la sociabilidad de sus nuevos ciudadanos, es evidente que se trata de un tema en el que no le interesa incursionar, dada la masiva simpatía que despierta. De allí que, tanto el estupor de Montenegro al referirse a la desmedida pasión por los gallos finos, como su perplejidad ante la falta de legislaciones que regulen estos desórdenes, demuestran que poco o nada puede hacerse contra una práctica que la participación de personas de calidad legítima y que muy pronto formará parte del panteón de los íconos nacionales.

en bodegones, figones o casas en que se hace y vende comidas, para evitar los daños que se sigue de su mezcla con los hombres en tales lugares; y que para ellas se asigne casa adonde puedan concurrir ellas, o de contado se les venda, o despache en las otras a la puerta de la calle para que lleven a sus habitaciones y a otras partes.*
Cf. Langue, Frédérique, 1999: 98.

231 Más cerca de nosotros, hasta García Márquez aporta lo suyo en *El Coronel no tiene quién le escriba* (1961) y Manuel Mejía Vallejo en *El día señalado* (1964).

3.5.3.- De cómo transformar al baile en una diversión decente

¿Y qué decir acerca del carácter pecaminoso de algunos bailes? Pues que su condición de pecado es directamente proporcional al origen social de los danzantes²³²; así, siempre serán condenados por indecentes (al menos por la mirada del otro) los bailes de indios, negros y el joropo llanero.²³³ En relación con los primeros, veamos la descripción que hace Karl F. Appun acerca de una danza entre los Guaraúnos:

Los instrumentos que los acompañaban eran unos violines y la maraca. Estos violines no los hacen ellos, sino que los truecan en los pueblos próximos civilizados por hamacas, drogas, pescado seco, etc. (...) Los guaraúnos saben tocar con destreza el instrumento. Sólo que la selección de sus piezas es muy limitada. (...) Los hombres, mujeres y niños que participaban en el baile estaban completamente desnudos con excepción del guayuco; su cabello estaba pintado de onoto, o chicha, sus caras, muslos y pantorrillas llevaban figuras triangulares o cuadrangulares entretejidas entre sí y grandes puntos de los mismos colores... (...) Entonces estas figuras desnudas, puestas en fila, se movían al compás de la música brincando alternativamente un paso hacia delante, y uno hacia atrás de modo que quedaban en el mismo lugar. (...) Después de una interrupción en la cual tanto hombres como mujeres tomaron mucha chicha empezó una música salvaje y otro baile, que faltaba mucho en cuanto a decencia y por eso no puede ser descrito.²³⁴ (El subrayado me pertenece)

Del mismo Appun, procede esta descripción del baile entre los negros:

232 Si bien esta observación es cierta en lo que concierne al juicio de visitantes extranjeros, la iglesia no discriminaba a la hora de condenar el baile y, con frecuencia, dirigía sus apreciaciones contra todos los miembros del cuerpo social. Así se desprende de la Pastoral que, en 1806, suscribe el arzobispo de Caracas, Don Francisco Ibarra: "De este horrendo mal [el traje inmodesto] es necesaria contingencia el otro [el baile] que tiene más herido nuestro corazón por las noticias que a él han entrado por el oído: ni podemos dejar de llorar amarguissimamente los indecibles horrosos pecados que produce un mal que hasta ahora no sabemos se haya permitido, ni conceptuamos que jamás pudo ejecutarse aun entre los más bárbaros gentiles. El palparse, abrazarse, besarse, enlazarse y de diversos modos unirse, estrecharse y rozarse cuerpo con cuerpo, carne con carne, vestido con vestido entre hombres y mujeres, mozos y mozas, y aun ancianos y ancianas a vista, ciencia, y consentimiento de Padres y Madres, de Señores y Señoras, o ejecutando por sí, o consintiéndolo a sus hijos e hijas, criados y criadas, ningún racional habrá llegado a conceptuar que en algún tiempo se permitiese..." Ibarra, Francisco de. Pastoral 12 de abril de 1806. AAC. Sección Episcopales. Legajo 41, folios 701 - 707. Citado por Langue, Frédérique, 1992: 64.

233 Algo del carácter indecente asociado a la danza, se expone en esta afirmación de Lisboa, quien citando a Humboldt y hablando de la contradanza española y del interés que despierta entre las señoritas de Caracas, afirma que "La contradanza española es la danza favorita de las jóvenes de Caracas; pero la bailan, no con la música de valse pausado como nosotros, sino con una especie de afandangado muy agradable que se parece ligeramente a la cadencia del lundum; estilo de música que es característico de toda América y que, para servirme de la expresión de un escritor europeo, si algo existe de lascivo, es la poesía de la lascivia." (Cursivas en el original) Cf. Lisboa, Miguel María, 1984: 77.

234 Karl F. Appun en Pino Iturrieta, Elías y Calzadilla, Pedro, 2002: 100-01. El alemán Karl Appun visitó Venezuela entre 1849 y 1858, bajo los influjos de Alejandro Von Humboldt quien continuaba fomentando los estudios de las regions tropicales de América. Con el objetivo de recabar ejemplares de la flora y la fauna tropical de Venezuela visitó la zona central del país, así como los llanos de Cojedes para terminar en el delta del Orinoco. Under den Tropen, editado en Jena en 1871, reúne gran parte de sus observaciones científicas y de su trama se pueden decantar muchos de los usos y costumbres de los venezolanos de la época.

Al atravesar una calle lateral oí desde una casita una música horrible y voces ruidosas. Penetré con interés por la puerta semiabierta pero sin atreverme a entrar al salón a causa del calor que me salió al encuentro y el tremendo olor de los negros que había allí. (...) Una reunión de ambos sexos, generalmente negros ligeramente vestidos, colmaba el salón y era muy aficionada a bailar del modo más gracioso posible al son de esta música. Las parejas no se movían en rededor, sino que hacían por lo general en el mismo lugar sus raros movimientos y brincos. Observé dos de estas danzas, la baduca y el zapatero muy "en vogue" en esta reunión, mas no la describiré en forma más precisa, porque, aunque fueron ejecutadas con gracia, no pueden contarse entre las decentes.²³⁵ (El subrayado me pertenece)

Appun también suscribe la siguiente descripción del joropo llanero:

Los bailes no se asemejan a las danzas giratorias europeas, sino son ejecutadas generalmente por los bailadores en el mismo lugar, agitando las piernas al compás, pataleando, pisando y brincando con movimientos del cuerpo de ningún modo decentes. Sólo en algunas danzas, como el fandango, el bolero, el zapatero, el mare-mare, etc., los bailadores se mueven por la sala. (...) Por fin el baile terminó apaciblemente y sin la riña general, inevitable en los bailes de negros en las ciudades de la costa, y que es la quintaesencia de todos los placeres para los concurrentes. Como esta noche en El Pao, raras veces he visto en Venezuela tal número de cuerpos magníficos, bien desarrollados, y sin embargo, esbeltos, en unión de hermosos rostros; y con los graciosos movimientos, que respiran desbordante amor, las bailarinas hubieran podido perturbar la cabeza del esqui-mal más aceitoso.²³⁶ (El subrayado me pertenece)

Contra los citados desafueros de la conducta humana en el marco de la fiesta se elaboran las propuestas de Montenegro y Carreño. Tanto es así que, al testimonio de los observadores extranjeros se podría agregar una lista temática de ambos manuales que sería tanto como ofrecer el catálogo completo de los prejuicios y creencias de la sociedad venezolana durante el siglo XIX. En relación con el tema de la fiesta que ahora nos ocupa, analizaremos dos aspectos; el primero

235 Karl F. Appun en Pino Iturrieta, *Elias y Calzadilla*, Pedro, 2002: 61.

236 Karl F. Appun en Pino Iturrieta, *Elias y Calzadilla*, Pedro, 2002: 82.

articula gran parte de la propuesta pedagógica de sus autores: la regularización del ocio. El segundo, en estrecha relación con el anterior y axioma moral de primer orden para ambos: la negación del contacto de unos cuerpos con otros, de la mezcla de los géneros y los colores y del irremediable debilitamiento de las jerarquías que a esta mezcla le es inherente.

Ningún evento como la fiesta para desarrollar lo que interesa a ambos pedagogos. Empecemos con Carreño, para quien la fiesta es orden y disciplina y debe, por lo tanto, desarrollarse sujeta a un estricto canon de comportamiento. En su seno y, de espaldas a la trasgresión, cada personaje juega un rol que apunta a la preservación de la armonía del conjunto:

Los concurrentes á un festin no promoverán nunca ningun género de entretenimiento, sino que se sujetarán estrictamente á lo que bajo este respecto, así como bajo cualquier otro, tengan ya dispuesto ó dispusieren los dueños de la casa. (MU, 222)

Carreño no propone la cancelación de la fiesta sino su regularización, y ello con el fin de negar cualquier signo de desbordamiento y desafuero gestual que ponga en peligro "el pudor y las buenas costumbres" de la sociedad. Su objetivo es transparente: normativizar el ocio, quebradero de cabeza social desde tiempos coloniales. Para ello, todo debe estar sesudamente calculado. Empezando por las invitaciones, el orden de la casa, de las bebidas y banquetes; pasando por las relaciones de jerarquía entre los invitados, su ubicación en las salas de baile y el baile mismo.

Al aceptar una invitacion para un festin, pensemos que no hemos de ir únicamente á recibir obsequios y á satisfacer nuestros propios gustos y caprichos ; sino tambien á corresponder al honor que se nos hace, contribuyendo por nuestra parte, por todos los medios que sean análogos á nuestras circunstancias personales y á nuestro carácter de convidados, y que no se opongan á las restricciones que aquí se establecen, á la comodidad y al placer de los demas concurrentes, al lucimiento de la funcion, y á la consiguiente satisfaccion de los dueños de la casa. (MU, 221-22)²³⁷

²³⁷ Un ejemplo de la hegemonía del discurso urbano y de su adopción como modelo de conducta en el seno mismo de las clases más marginadas socialmente, lo constituye el pasaje de Cecilia Valdés en el que se celebra el baile llamado "cuna", propio de negros y, sin embargo, accesible a los blancos que los distinguían con su presencia: "La ama de la casa, mulata rica y rumbera, llamada Mercedes, celebraba su santo en unión de sus amigos particulares, y abría las puertas para que disfrutaran del baile los aficionados a esta diversión y contribuyeran con su presencia al mayor lustre e interés de la reunión." Cf. Villaverde, Cirilo, 1981: 31. Por cierto que éstas son, preci-

¿Y qué decir de Montenegro cuya sensibilidad moral condena carnes-tolendas y toros coleados, misas de gallos y de aguinaldos, juegos de naipes y demás entretenimientos decimonónicos? :

Se ha dicho lo bastante para demostrar sin disfraz lo abominable que son y lo que degradan al hombre, joven o de edad, pobre o con fortuna, las peleas de gallos y corridas de toros, y no es posible encontrar pretexto, medio razonable, para que las autoricen, ó promuevan los que ejerciendo cargos públicos debieran meditar mas sus funestas consecuencias, que por cierto miran tambien con mucho agrado muchos padres de familia, los cuales no reparan en gastos para las corridas y en cenas y bailes, cuando son elegidos, por los aficionados, *capitanes de toros*. Se ha indicado tambien repetidas veces lo que dañan á la moral las casas de juego. ; pero necesitamos llamar la atencion de los venezolanos hácia el peligro en que ponen á sus niños, permitiéndoles juegos de naipes dentro de sus mismas casas y autorizándolos con su presencia; ó invitándolos á ellos algunas abuelas, y madres, para entretener el tiempo antes de dormir, en lo que llaman inocente y practican igualmente en los dias festivos, cuando los muchachos se cansan de corretear. ¡Inocente! ¿acaso porque no se expone dinero? ¡Inocente! ¿será por no jugar albuces, ó monte? ¡Inocente! ¿por qué tampoco hay mirones?... Enhorabuena que asi sea y que semejante habitud no aficione al niño á la ociosidad: pero si lo seduce después y lo lanza en la disipacion ; ¿cómo se remedia? Y si de ese pasatiempo, mas reprehensible entre familias donde hay niñas, disfruta algun tertuliano, diestro en ocultar aspiraciones no buenas ¿qué resultará? (LBC, 147) (Cursivas en el original) (El subrayado me pertenece)

samente, las tensiones que se tejen en la novela de Villaverde, la asimilación por parte de negros y mulatos de los códigos de urbanidad pertenecientes al mundo de los blancos criollos, y el esfuerzo de todos por distanciarse de su inferior. Esta situación desemboca, con frecuencia, en la parodia, y no son raras las situaciones hilarantes como la escena que describe el vestuario que el negro Dionisio ha robado a su amo para asistir a la fiesta en la que se encontrará con Cecilia Valdés. El narrador aprovecha de ridiculizar la adopción de los modos civilizados por parte de las clases bajas: "Con la frase baile de etiqueta o de corte, se quiso dar a entender uno muy ceremonioso, de alto tono, y tal, que ya no celebran los blancos, ni por las piezas baillables, ni por el traje singular de los hombres y de las mujeres. Porque el de estas debía consistir y consistió en falda de raso blanco, banda azul atravesada por el pecho y pluma de marabú en la cabeza. El de los hombres, en frac de paño negro, chaleco de piqué y corbata de hilos blancos, calzón corto de Nankin, media de seda color carne y zapato bajo con hebilla de plata... (..) Para entrar y tomar parte en la fiesta no bastaba el traje especial de los hombres: era preciso venir provisto de papeleta... (..) Observóse esta medida estrictamente al principio..." pero el descuido de los porteros dejó pasar a algunos infiltrados y "de este número fue un negro de talla mediana, algo grueso, de cara redonda y llena, con grandes entradas en ambos lados de la frente... (..) Aunque se vestía como se había dispuesto, el frac le venía algo estrecho, el chaleco se le quedaba bastante corto, las medias estaban descoloridas por viejas, carecían de hebillas los zapatos, no tenían vueltos la camisa y el cuello le subía demasiado hasta cubrirle casi las orejas, tal vez por ser él de pescuezo corto y morrudo. Sea por estas faltas, o sobras, de que no estamos bien enterados, el negro de las entradas se hizo blanco de las miradas de todos desde que puso un pie en el baile. Advirtiólo él, que no era ningún tonto, y naturalmente andaba al principio como azorado, esquivando la sala, donde la luz era más profusa y brillante: pero hacia las once de la noche hizo por incorporarse en los corrillos que se formaban en torno de las muchachas bonitas, hasta que se atrevió a invitar a una a bailar un minué de corte, con tanto compás y donaire que llamó por ello la atención general." Cf. Villaverde, Cirilo, 1981: 224-225.

¿Cómo entender su oposición ante todo lo que atente contra su mundo de valores sino es desde la perspectiva de quien reconoce los peligros potenciales ocultos tras la inocencia de ciertos juegos y prácticas sociales de la época?

Las diversiones que brindan á los jóvenes gran facilidad para extravíarse, ó para desarrollar irreflexivamente sus pasiones, faltando al decoro propio y al respeto de aquellos que les dispensan consideraciones y amistad, jamás dejan de serles perjudiciales: es necesario por lo mismo hermanarlas con la decencia y la modestia: aun así, no bastan las mas vigilantes precauciones para salvarse de la osadía de unos y de la hipocrecia, [sic] ó disimulo de otros: se fomenta la ociosidad, multiplicándolas y repitiéndolas sin diferencia de dias o de horas, ó durante la mayor parte de la noche: se comprometen muchos, para disfrutarlas, en gastos superiores á su fortuna, ó á las utilidades de su laboriosidad: se empeñan otros locamente, para presentarse con variado lujo.... ¿Y todo para que? Para aburrirse o fastidiarse, cuando menos; pero sin resolucion para desprenderse de semejantes hábitos: esto es bien triste y no sucede, cuando las diversiones son oportunas y en armonía con la ilustración ; debiendo culparnos á nosotros mismos si nos sobran aquellas [las malas : peleas de gallos, toros coleados, carnavales y distorsiones del culto religioso] y nos faltan estas , que son las que influyen en la suavidad de costumbres y proporcionan el trato mutuo y afectuoso de sujetos bien educados, ora sean nacionales; ora extrangeros. (LBC, 148 - 149) (El subrayado me pertenece)

Junto a las fiestas de carnaval, procesiones, misas de gallo y aguinaldo, toros coleados y peleas de gallo, el juego aparece asociado al desbordamiento de las pasiones. Y más aún: el juego promueve la promiscuidad, los enlaces furtivos, y las malas intenciones de hipócritas tertulianos pero, sobre todo, predispone al ocio y la desatención de las obligaciones cotidianas; la batalla sin tregua que Montenegro emprende contra el ocio lo llevará a la mismísima censura de la hamaca; en este sentido y, perfectamente ajustado al estilo que lo caracteriza, Montenegro comienza ironizando sus usos:

¡Que placer columpiarse en ella, con la cachimba, ó el cigarro en la boca, descuidándose hasta de las ocupaciones domésticas de diaria necesidad ! ¡que ejemplo tan bello de laboriosidad para que

lo imiten los hijos, trasmitiéndose así de generación en generación!
(LBC, 163) (El subrayado me pertenece)

De inmediato comienzan las lamentaciones para terminar en la censura de “un uso que enerva la actividad del cuerpo”:

... y es bien sabido por desgracia, que semejante costumbre es bastante común aun entre aquellas familias de más representación en diferentes poblaciones, cuyos habitantes no reputan, ciertamente, como perjudicial, un uso que enerva la actividad del cuerpo y les hace agradables el ocio y la ignorancia en que viven. (LBC, 163 – 164) (El subrayado me pertenece)

Montenegro no escatima recursos literarios cuando se dispone a precisar sus malestares, el resultado es un texto cargado de exclamaciones y preguntas, juicios de valor e ironías hirientes que se dirigen, sin meandros, al objetivo que le interesa.²³⁸ Así lo expresa cuando, absolutamente consciente de su rudeza retórica, afirma lo que sigue, luego de haber expuesto sus observaciones sobre el desorden y desaseo de la vida doméstica:

Cada casa figura una pocilga y no deben ofenderse de este lenguaje franco unos habitantes hacia quienes se dirigen estas advertencias para su salud, y con el objeto de que pongan otro celo en la limpieza de sus personas y viviendas. (LBC, 167)

La estrategia discursiva de Carreño es otra. Como señalábamos al inicio de esta tercera parte, una de las cosas que más desconcierta en su *Manual de urbanidad* es el modo en que algunas omisiones se hacen norma. Mucho más cuando ellas ofrecen un determinado tipo de pensamiento axiológico bajo cuya égida se alza la moral de toda una época. ¿Por qué las interdicciones de tocar, acercarse demasiado, tener mucha confianza y la necesidad de evitar malos entendidos entre ambos sexos, si no es por la comprensión de la potencialidad erótica de cada insinuación, de cada mirada o gesto no controlado? Como, naturalmente,

238 La técnica discursiva de Montenegro es característica de la etapa premoderna del discurso cortesano, según y como ella ha sido descrita por Elias, leamos sus afirmaciones: “Lo característico de las prescripciones burguesas alemanas de buenos modales a fines de la Edad Media y durante el Renacimiento es lo que se conoce con el nombre de la ‘sátira grobiana’, que consiste en criticar el ‘mal’ comportamiento haciendo como que se le recomienda. El humor y la sátira que, luego, irán desapareciendo lentamente de la tradición alemana o, todo lo más, reduciéndose a valores de segundo orden, son totalmente dominantes en esta fase de la sociedad burguesa.” Cf. Elias, Norbert, 1997: 543.

se trata de preservar la honestidad femenina Carreño será cuidadoso al normar el trato con el bello sexo durante un festín. Los malos entendidos deben evitarse a toda costa, incluso desde la elaboración de las invitaciones, como de seguidas se colige:

Las señoras no pueden ser invitadas á festines sino por otras señoras, ó por un caballero casado en union de su esposa. Una invitacion puede, sin embargo, emanar de una corporacion respetable que solo se componga de hombres; mas como siempre debe haber una señora que presida el festin, será ella quien directamente invite, expresando que lo hace a nombre de una corporacion. (MU, 218)

Durante las fiestas se observarán con mucha más severidad las normas de etiqueta, en particular la que niega la espontaneidad del trato entre los géneros:

Los caballeros se abstendrán de dirigir la palabra y de ofrecer espontáneamente obsequios de ninguna especie á las señoras con quienes se encuentren en un festin, con las cuales no tengan ninguna amistad y á quienes no hayan sido previamente presentados. (MU, 222-23)

La espontaneidad está negada incluso cuando se produce entre personas que han sido ocasionalmente presentadas en el marco de la fiesta, mucho más cuando se trata de personas de diferente sexo:

Está enteramente prohibido á un caballero, como un acto de mui mala educacion, el ofrecer su compañía á una señora que se retira de un festin y con la cual no tiene amistad, aunque haya sido presentado á ella ocasionalmente, haya bailado con ella ; ó le haya tocado obsequiarla en el curso de la reunion. (MU, 304)

La negación del acercamiento entre los géneros es categórica y la más leve transgresión de la norma en el espacio público de una fiesta se convierte en un atentado contra el pudor y la honestidad que enaltecen al bello sexo:

Si es siempre un acto impropio y enteramente ajeno de una mujer bien educada, el aparecer ante extraños conversando á solas con un sugeto determinado, la impropiedad sube de punto, y la sociedad

experimenta toda ella una sensación profundamente desagradable, cuando esto acontece en un festin, donde el mayor número de los que observan debe inspirar mayor circunspección y decoro, y hacer más exaltados los sentimientos del pudor y la decencia que tanto adornan y enaltecen al bello sexo. (MU, 223) (El subrayado me pertenece)

Carreño también insiste en atenazar aquellos cortejos furtivos que tanta rudeza de lenguaje le arrancaron a Montenegro y tantas exclamaciones de angustia al obispo Ibarra. Los problemas que enfrenta Carreño siguen siendo los mismos, sólo que de la noción de pecado, hemos pasado a la de mala educación, y esta máscara es el discurso que los nuevos valores sociales estigmatizan. El envés axiológico del *Manual de Urbanidad* no es otro que la potencialidad sexual de cada fragmento del cuerpo; pero este discurso sólo se expresa, paradójicamente, a través de su silenciamiento. Sexo es la única palabra que no circula en este manual y, sin embargo, es evidente que todo apunta hacia la negación de las pulsiones sexuales más primarias.

Todas las prescripciones de Carreño describen aquello que no se nombra, por eso su tratado se inscribe en un proceso similar al observado por Foucault en las sociedades burguesas. Según Foucault, el s. XVII, o la fundación del estado moderno que, para el caso de Venezuela, ve su nacimiento en la tríada Guzmán-Castro-Gómez, opera bajo las siguientes premisas:

Ce serait le début d'un âge de répression, propre aux sociétés qu'on appelle bourgeoises, et dont nous ne serions peut-être pas encore tout à fait affranchis. Nommer le sexe serait, de ce moment, devenu plus difficile et plus coûteux. Comme si, pour le maîtriser dans le réel, il avait fallu d'abord le réduire au niveau du langage, contrôler sa libre circulation dans le discours, le chasser des choses dites et éteindre les mots qui le rendent trop sensiblement présent. Et ses interdits mêmes auraient peur, dirait-on, de le nommer. Sans même avoir à le dire, la pudeur moderne obtiendrait qu'on n'en parle pas, pour le seul jeu de prohibitions qui renvoient les unes aux autres : des mutismes qui, à force de se faire, imposent le silence, censure.

239

239 Foucault, Michel, 1976: 25. (Este sería el inicio de una época de represión, propia de las sociedades llamadas burguesas, de la que tal vez no hemos salido. Nombrar el sexo sería, desde ese momento más difícil y costoso. Como si para dominarlo en lo real, habría sido necesario reducirlo a nivel del lenguaje, controlar su libre circulación en los discursos desprovisto de las cosas dichas y esperar por las palabras que lo convirtieran en algo sensiblemente presente. Y por causa de esas mismas

Entre Montenegro y Carreño las distancias no sólo son cronológicas, sino de lenguaje. Carreño hace tácito lo que Montenegro expone sin demasiadas vueltas, y sin ahorrarse esfuerzos. Entre Montenegro y Carreño media una depuración del lenguaje, curioso que en trece años la referencia al cuerpo sea innecesaria o, más bien, innombrable: está tan revestida de pecado que no hace falta preferirla para hacerla protagonista tácito de esta carta de prohibiciones. Los eufemismos son por demás elocuentes, sobre todo cuando se refieren a las necesarias distancias entre los cuerpos:

Jamás podrán ser excesivos el respeto, la delicadeza y el decoro con que un caballero trate a una señora en el acto de bailar. La manera de conducirla, la distancia que guarde en su aproximación á ella, la actitud y los movimientos de su cuerpo, las mudanzas, en fin, que haya de ejecutar, todo debe ofrecer un conjunto agradable á los ojos de la moral y de la decencia. (MU, 228) (El subrayado me pertenece).

Si, como hemos dicho, el baile supone el acceso a la intimidad corporal del otro, ¿qué significado pueden tener en este contexto palabras como respeto, delicadeza y decoro que no sean los relacionados con las nociones de pureza, circunspección y recato? Y, por extensión: ¿A qué otra cosa pueden remitir estas ideas si no es a la imposición de límites, de distancias y a la negación del contacto entre los cuerpos de hombre y mujer? Pero la cita, no se detiene aquí, pues en la segunda parte de la misma Carreño echa mano de la filosofía platónica para imponer las conductas anheladas, por eso afirma que sólo es bello y elegante lo que es honesto y decoroso y extiende esta máxima a todas las acciones de la vida, no sin antes recomendarla como indefectiblemente ligada a lo femenino.

Por fortuna la sábia naturaleza ha querido que tan solo sea bello y elegante lo que es honesto y decoroso; y así los bailes son mas airosos y encierran mayores encantos, á medida que los movimientos son mas recatados, y que las mudanzas exigen menor contacto entre señoras y caballeros; al paso que nada hai mas desagradable

interdiciones sentiríamos miedo, podría decirse, de nombrarlo. Sin ni siquiera tener que decirlo el pudor moderno logra que no se hable más de él, por el simple juego de prohibiciones que se envían los unos a los otros: Mutisimos que, a fuerza de hacerse, imponen el silencio, censura. La traducción me pertenece)

y chocante, que aquellos bailes que ponen en tormento el pudor y la decencia. (MU, 229) (El subrayado me pertenece)²⁴⁰

Carreño recomienda la búsqueda de la belleza que, en lo que concierne al baile, vendrá siempre aunada al recato de los movimientos y a las distancias entre los bailarines. La metáfora es cristalina: establecer un control de las distancias corporales, al tiempo que un control de sus movimientos y, en general, todo lo que apunte a la preservación del no contacto de unos cuerpos con otros. Por otro lado, recordemos que para la época, tanto el baile como la ventana, eran los espacios privilegiados del cortejo amoroso por eso, con la intención de mostrar la transparencia del contacto entre los géneros, Carreño prohíbe las distancias sospechosas, condena las conversaciones privadas entre hombres y mujeres y el interés o desdén sostenido por una persona en particular en el marco de la fiesta:

Cuando con arreglo al párrafo III, un caballero sea excitado á invitar á una señora á bailar, deberá prestarse gustosamente á ello, aun cuando la señora no sea de su agrado para el objeto; pues toda negativa, y aun toda muestra de repugnancia, sería estimada como una falta de consideracion á la misma señora y á los dueños de la casa. (MU, 228) (El subrayado me pertenece)

La buena sociedad no admite que un caballero baile repetidas veces con una misma señora. Sin embargo, en una reunion mui numerosa y de mucha duracion, no es impropio que aparezca una misma pareja hasta por dos veces, con tal que estas no sean consecutivas. (MU, 227)

Las prescripciones de Carreño ratifican la condición de la fiesta como espacio por excelencia del cortejo amoroso. De allí su intención de ajustar las conductas de los participantes y de adecentarlas según los juicios del otro; de allanar el escarnio público al quedarse "comiendo pava" (sentada sin participar en la danza), afrenta mayor para una dama, pues el acto pone al descubierto el poco interés que despiertan sus encantos femeninos en el sexo opuesto. La expresión

²⁴⁰ Por el mismo camino de la herencia platónica, Carreño afirmará que la belleza, así como la sobriedad y la templanza al comer serán sinónimas de salud. En este aspecto, el Catecismo de Urbanidad Civil y Cristiana de Santiago Delgado ya había esbozado la misma idea (inexistente, por cierto, en el tratado de Montenegro) cuando responde a la siguiente pregunta de su catecismo: "P. ¿Conque según esto, la cortesía es un agregado de la humildad y caridad: de afabilidad, ciencia y prudencia; de moderacion ó templanza: ajustadas á las circunstancias dichas? R. Así es: pues como la virtud es hermosa y amable, se lleva el voto de los hombres en quienes la ven, ó se revisten de sus galas: y el vicio es ofensivo, y despreciable á la razon, por la idea de que tenemos de lo justo". Delgado, Santiago, 1833: 7.

no sólo aparece en los costumbristas venezolanos del siglo XIX, con Fermín Toro a la cabeza, sino que es usada por Villaverde en su citada novela. Ella corrobora los evidentes convenios y contactos furtivos que el baile motoriza y que Carreño pretende limitar.

Para lograrlo, es necesario evitar cualquier malentendido entre las parejas, por eso, al finalizar la danza impone la siguiente cortesía:

Al tomar asiento una señora que acaba de bailar, el caballero le dará las gracias por el honor que ha recibido, y le hará una cortesía antes de retirarse, limitándose la señora a corresponderle con una ligera inclinación de cabeza. (MU, 229)

Montenegro, en cambio, no ve ningún peligro en los bailes de salón e, incluso, los recomienda como una de las diversiones acordes con la ilustración y excelente paliativo contra el ocio, además de práctica indispensable para ejercer sin peligros la vida social futura:

... las damas [es decir, para las damas se recomienda:], *ajedrez*, *dominó* y juegos de *prendas*, les sirven de descanso: de ejercicio, el *baile* entre ellos mismos... (...) Semejantes diversiones les son mas útiles que los toros, gallos, correntinas y naipes: mas tarde, esto es, despues de formados, llegarán á poder concurrir sin peligro á banquetes, bailes de otro orden y espectáculos... (LBC, 151) (Cursivas en el original)

Montenegro no se interesa por los bailes de salón no sólo porque, con certeza, para la época éstos no eran cosa corriente, sino porque el estrato social al que dirige su discurso es de extracción popular, como se desprende de sus descripciones de algunas costumbres y casas de habitación que censura. Los peligros inherentes a los bailes de salón son, en cambio, más corrientes para Carreño y contra ellos ofrece soluciones eficaces: metiendo los cuerpos a distancia y conteniendo sus desbordamientos. Veamos cómo lo logra en el marco de la fiesta:

Apénas se concibe que haya padres y madres de familia que consientan que sus hijas, cuya inocencia deben proteger y defender con esmerado empeño, sin que para ello los detenga ninguna especie de consideración, se sometan en el baile á ciertas modas que no contemplan lo bastante el pudor de la mujer, y que suelen invadir de cuando en cuando la sociedad para viciarla y corromperla. El imperio de la moda, ya lo hemos dicho, pierde toda legitimidad, todo derecho, todo dominio en los círculos de personas verdaderamente bien educadas, desde el momento en que de alguna manera ofende la moral y las buenas costumbres ; y un padre, una madre, un esposo, un hermano, un pariente cualquiera de una señora, están plenamente autorizados para retirarla del baile y hacerla tomar asiento, cuando no la vean tratada con la estimada delicadeza que le es debida ; sin que al sugeto que la acompañe le quede otro partido que sufrir en silencio su bien merecido sonrojo, y aprender para lo futuro á conducirse dignamente en sociedad. (MU, 229) (El subrayado me pertenece)

La aparente inocencia de este apartado esconde un tejido moral de apretada urdimbre. En primer lugar, destaca la figura rectora de los padres de familia; son ellos quienes imponen el primer empaquetamiento al cuerpo, pues su condición de formadores, los obliga a velar por la moral y la buena educación de sus hijas. Esto es: el baile, o, sin eufemismos, el contacto y el desafuero de los cuerpos, pone en entredicho el pudor de la mujer, ofende la moral y las buenas costumbres y, en consecuencia, debe permitirse sólo si al hacerlo no corren riesgo los valores morales de la sociedad.

Luego de algunas elucubraciones sobre los peligros de la moda, el texto modifica su radio de acción y, abandonando a la adolescente, en un repentino cambio de sugeto, se dirige a la señora en caso de que no sea tratada con la "estimada delicadeza" que le es debida, o al hombre, quien "deberá sufrir en silencio el merecido sonrojo y aprender para lo futuro a conducirse dignamente en sociedad". El cierre es indicador de al menos un cambio: ahora se trata de castigar con eficacia pedagógica las afrentas a la moralidad, una empresa que reclama la vigilancia de todos los miembros de la familia: esposos, hermanos o pariente cualquiera "...están plenamente autorizados para retirarla del baile y hacerla tomar asiento."

Lo que hace Carreño es llevar el discurso sobre la moralidad sexual a un espacio que sea tolerable con los nuevos valores sociales. ¿Cómo entender el impacto de estas omisiones si no es a través de la más absoluta digestión ideológica del término al que aluden? ¿No comparte acaso Carreño con su antecesor el mismo celo ante furtivos "manoseos y estrujones?"

Sólo resulta omisible lo que es hartamente conocido. Carreño puede prescindir de un concepto que es fundamental en su pensamiento axiológico, en la misma medida en que el mundo de valores que en su Manual se expresa, supone un paso decisivo hacia la laicización de una moral conocida a pie juntillas por sus contemporáneos. Es esta y no otra la orientación pedagógica de ambos textos, es aquí donde reside el énfasis de su interdicción totalitaria: la negación del contacto de unos cuerpos con otros.

Quienes ven en el Manual de Urbanidad y Buenas Maneras un catecismo propalado por tías solteras, en lugar de apreciarlo como un instrumento primordial para la modernización de América Latina según las prevenciones y las necesidades de los herederos de la independencia, sufren miopía. O pierden la ocasión de regocijarse en el lado amable y entrañable del librito. Ciertamente fue una jaula de la conducta, pero también la fachada de primor que debieron presentar nuestros abuelos para conquistar a sus mujeres y para levantar hogares en los que podemos reconocernos a estas alturas. Especialmente los que vamos para viejos.

Elías Pino Iturrieta. 241

3.6.- EPÍLOGO.

Tal vez no haya sido realmente la jaula de conducta señalada por Pino Iturrieta. O tal vez sí lo haya sido, en cuyo caso, se trató de la prisión anhelada por muchos venezolanos decimonónicos que veían en sus barrotes el silicio necesario para adecentar sus maneras, pulir sus modales y abordar la limosina civilizatoria que los sectores ilustrados promovían. En todo caso, si las normas de urbanidad fueron una cárcel, a ellas acudían voluntariamente quienes deseaban aprender los métodos de disciplina corporal indispensables para pertenecer a la *civilité* y obtener el certificado de renuncia a la barbarie que los nuevos tiempos reclamaban.

Y como, evidentemente, nadie quería pertenecer a la barbarie, todos se acogieron al proceso de privatización de las funciones orgánicas de su cuerpo sin mayores resistencias. La tarea no era simple pero valía la pena. En primer lugar consistía en adecentar la conducta corporal de los nuevos ciudadanos; para ello, las prescripciones propuestas en los manuales de urbanidad anulaban la escatología: sudores, olores, esputos, lagañas, saliva y mucosidades debían permanecer fuera del radio de acción social de los individuos. Al mismo tiempo, era indispensable meter el cuerpo a distancia, impidiendo los acercamientos potencialmente peligrosos: controlar la risa, la mirada, el trato, la comunicación, los movimientos y gestos del cuerpo. En otras palabras, se trataba de ofrecer un modelo ideal de cuerpo cerrado, no sólo en relación con sus orificios y con los límites de

241 Pino Iturrieta, Elías, 2000.

su eje longitudinal sino en función de su aislamiento tanto de otros cuerpos como del cuerpo propio.

Ciertamente, estas normas responden a las necesidades de una clase dirigente que, a la hora de consolidar las bases de la república en ciernes, abreva de varios registros. En primer lugar, adopta la retórica del discurso cortesano forjada por pensadores de la talla de Erasmo y Gracián, quienes ofrecen un compendio discursivo que pasa por la cortesía, el pudor, la repugnancia, la vergüenza y la prudencia. Como veíamos a lo largo de estas reflexiones, este discurso alcanza la cima tras la adopción del vocablo *civilité*, término típicamente burgués adoptado por las elites venezolanas del siglo XIX para calificar las conductas deseadas de entonces. A este registro se unen los aportes concernientes al individualismo moderno. Estos últimos, se inscriben en una fase de la modernidad signada por la asunción del individualismo y por los principios de distinción y progreso material característico del orden burgués. En sociedad con el registro cortesano, este orden burgués también amordazará las respuestas emotivas del cuerpo y regulará sus funciones orgánicas que, a partir de ahora, no sólo serán vistas como conductas descorteses y propias de gente bárbara, sino como energías que deben canalizarse para convertir al cuerpo en la fuerza de trabajo que asegure el progreso de la sociedad.

El punto más álgido de esta retórica urbana se produce con la adopción del discurso higiénico que logra ganar legitimidad tras la pérdida paulatina de la hegemonía de los discursos morales tradicionales y ofrece fórmulas claves del pensamiento occidental; notablemente, la receta según la cual higiene es igual a salud. La adopción de este saber legitima los preceptos morales que articulan la propuesta de conducta urbana de Carreño quien, enarbolándolos, propone una disciplina al cuerpo que garantiza el respeto de las jerarquías y las distancias entre los individuos, que frena las mezclas y los contactos con el fin de anular las potencialidades eróticas de los intercambios. Por otro lado, la asociación entre moral burguesa, discurso cortesano y registro higiénico también legitiman otras conductas que interesan a Carreño como la adopción del método, de la disciplina diaria y de la higiene como garantes de salud y señal de bienestar futuro. En lo que respecta a la normativa sobre el aseo corporal, el texto de Carreño supo combinar los postulados irrefutables del discurso científico para encauzar a la higiene

por la senda de la moral y las buenas costumbres. Al establecer la asociación entre higiene y salud, Carreño no sólo se inscribe en los aires de su tiempo, sino que asegura el primer lugar que, dignamente, ostenta su Manual en materia de urbanidad. He aquí una de sus más decisivas contribuciones

Carreño sabe que, para convertir al cuerpo en la máquina de progreso que la nueva sociedad reclama y en la síntesis de la civilización que los métodos de urbanidad garantizan, es necesario silenciar todos sus orificios y encorsetar sus potencialidades eróticas. De allí que en su manual compendie las medidas ortopédicas que apuntan al cumplimiento de estos objetivos, regulando y privatizando las funciones del cuerpo, imponiendo distancias y adecentando los intercambios sociales, estrategias de sometimiento que, necesariamente, generan un conflicto entre el individuo y las manifestaciones orgánicas de su cuerpo y que a fuerza de repetirse terminan siendo adoptadas por el inconsciente colectivo como prueba irrefutable de su nivel de civilización.

Contrarias a los métodos de antaño, las pedagogías disciplinarias recurren a estrategias diferentes para alcanzar sus objetivos e imponer conductas idóneas. Pese a que en ellas subyace un trasfondo moral de vieja data, las justificaciones son de carácter civil y no religioso, aunque en esta primera fase del proceso de civilización, tal y como lo hemos observado a lo largo de estas páginas, todavía se esté lejos de la ruptura total con la moral religiosa. La adopción del discurso higiénico representa la contribución más novedosa de los manuales de cortesía decimonónicos, con el *Manual de urbanidad* a la cabeza. Esta adopción les permite modelar, mediante fundamentos lógicos, característicos del discurso científico, ciertos hábitos también condenado por la iglesia como la gula, los desafueros de la conducta y el ocio. Pero los nuevos discursos condenarán estas conductas porque ellas suspenden el bienestar y el progreso de los ciudadanos, ellas conducen a la ruina de su hacienda y de su salud y desestabilizan un orden sin el cual es impensable la vida en sociedad. La propuesta de estos textos es conducirse por la senda de la virtud, pero no de la virtud cristiana, sino de la ciudadana, en la que, sin duda, subyacen las virtudes de una moral de antaño.

Según esta nueva pedagogía, el mundo es un espacio que se puede transitar, a condición de controlar los itinerarios y de respetar las normas. Se puede bailar, jugar, conversar, saludar, mirar, comer y beber, siempre que estas acciones se

realicen según las reglas de la urbanidad, pues ellas se inscriben en los preceptos de la moral y de las buenas costumbres. Pero ellas también otorgan lucimiento social y el buen comportamiento en sociedad es un salvo conducto indispensable para ascender de categoría. He aquí articulada una promesa tácita y, sin embargo, fundamental, para entender el éxito del *Manual de Urbanidad* de Manuel Antonio Carreño: la certeza de que el sometimiento a la normativa es garantía de progreso social. Los métodos de conducta compendiados por Carreño ofrecen detalladas pautas que, seguidas a pié juntillas, garantizan el éxito de quienes deseen pertenecer a la civilización. Lo que estos discursos aseguran es que la civilización no es una condición inalcanzable, antes bien, se trata de un estatus al que se puede acceder a condición de que los interesados aprendan a disciplinar las funciones de su cuerpo y amordacen sus respuestas y reacciones emotivas.

Pero no se piense que la tarea de adecentar las maneras de los nuevos ciudadanos sólo responde a inquietudes estéticas. Antes bien, ella se inscribe en una de las empresas más urgentes de la nación que comienza: la reestructuración de un orden social sin el cual las nociones de progreso, características del estado burgués, resultan impensables. Sin ánimos de disminuir su eficaz estilo discursivo, agreguemos que el éxito del *Manual de Urbanidad* no sólo obedece a razones literarias sino al orden social que su normativa propone, a través del respeto de las jerarquías y la regulación de las relaciones entre los géneros. He aquí un objetivo considerado inaplazable por la intelectualidad venezolana del siglo XIX, en el que militan pedagogos, escritores, historiadores, políticos y científicos que, sin tiempo de haber sanado las heridas de las luchas independentistas, rápidamente encontrarán en la guerra federal un nuevo motivo de inquietud por el destino de la República. El siglo avanza e, incluso, fenece y la meta permanece inalcanzada, como lo demuestra gran parte de la narrativa latinoamericana del primer tercio del siglo XX que sigue planteándose, como no resueltos, los mismos problemas que inquietaban a sus antecesores, en relación con el mestizaje, el control de las pasiones y los prejuicios relativos a la dicotomía entre civilización y barbarie.

Tras la elaboración de esta rigurosa normativa subyace el temor a todo cuanto amenace el indispensable orden social diseñado por los grupos ilustrados para los ciudadanos de la nueva nación. En esto reside la empresa que se proponen estos grupos, con Carreño a la cabeza. Su objetivo es claro: instaurar

unos límites necesarios entre los géneros, disciplinar su sensibilidad, que es tanto como disciplinar su sexualidad, para que el progreso de la república pueda ser pensable. En efecto, este movimiento hacia la civilización que propone Carreño, este ordenamiento social que se plantea, requiere de otros ajustes para su cabal realización. La tarea de encausar el rendimiento de los individuos por la senda del progreso material sólo es posible si se recluye su sexualidad en la trastienda del trato social, por eso Carreño la envía a un enclave seguro: el de la familia nuclear y reproductora. Por eso, las diversas prescripciones de su *Manual de Urbanidad* limitan cuidadosamente los contactos entre los géneros e imponen los sentimientos de pudor y vergüenza ante todo cuanto atente la estabilidad de estos límites.

De allí que sus prescripciones ofrezcan las estrategias necesarias para atezar los impulsos y deseos de los individuos y para conducirlos por la senda de la urbanidad o, lo que es lo mismo, por el camino de la moral y las buenas costumbres. Con el objetivo de imponer un orden fuera del cual resulta impensable la convivencia social, estos manuales promueven el respeto de las jerarquías, imponen límites a la conducta y regulan los intercambios según los modelos tomados de las culturas civilizadas. La rigurosa ortopedia corporal diseñada por Carreño en su *Manual de Urbanidad* apunta a contener el desbordamiento de las pasiones que entraña el cuerpo, así se entienden las distancias y la negación del contacto entre los géneros pues, con certeza, esos contactos desestabilizan el orden y la coherencia de los ciudadanos y, sobre todo, promueven las mezclas y el cortejo entre los sexos, despilfarro que conviene encorsetar para hacer del cuerpo la máquina de progreso y bienestar que los nuevos discursos proclaman.

El lenguaje afectivo que Carreño le enseñó al cuerpo de sus contemporáneos lo certifica como hacedor de las estrategias amorosas de estos hombres. De allí la exactitud de las afirmaciones de Pino Iturrieta: el *Manual de urbanidad* no sólo ofrece un método de regulación de la conducta de los nuevos ciudadanos, sino también el frontispicio indispensable que debieron adoptar los hombres de aquellas generaciones para cortejar a sus mujeres.

